

NIPPUR

DE LAGASH

50
ANIVERSARIO

EL JUICIO DE LA ESPADA

ROBIN WOOD
LUCHO OLIVERA



Vol 8

**EL JUICIO DE LA ESPADA
LOS CORTESANOS Y LOS
GUERREROS**

**NIPPUR CABALGA HACIA
TEBAS**

**EL SUMERIO HA LLEGADO
INERMES**

**LOS HOMBRES DE FUEGO
EL ÁGUILA**

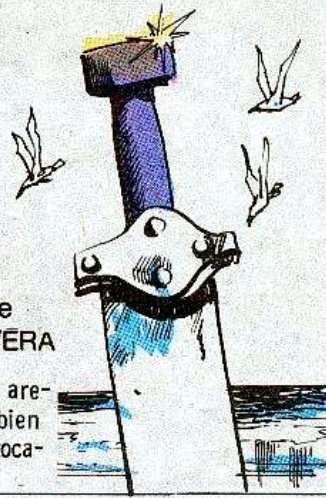
NIPPUR DE LAGASH

EL JUICIO DE LA ESPADA

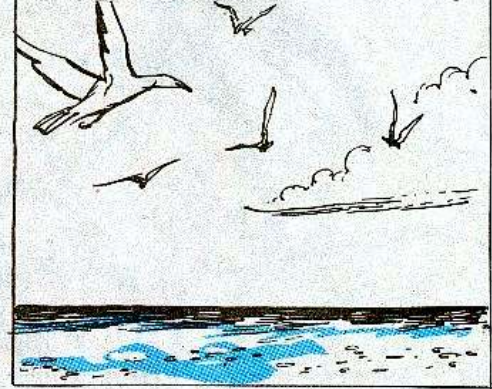
Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**

La espada estaba hundida hasta la mitad de la hoja en la arena húmeda de la playa. Era una buena espada, ancha y bien afilada que de cuando en cuando relampagueaba al ser tocada por el sol.



Las aves blancas chillaban en lo alto mientras trazaban elipses blancas contra el azul del cielo. Azul y blanco. Ave y cielo. Azul y blanco. Mar y espuma.



Y la espada relampagueando en la arena saturada de sal y de siglos.



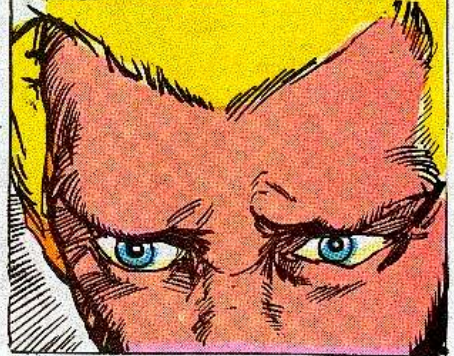
El brillo de la espada me hipnotiza y no puedo apartar mis ojos de ella. El sol me quema los hombros y siento el silencio, pesado como una montaña, de los que están a mi espalda.

Y más allá, del otro lado de la espada llameante, Nunniskar me mira con ojos pensativos mientras remueve la arena con una mano. También detrás suyo el silencio se hincha como una tormenta.



(Míralo bien, Nippur. Es tan peligroso... Uno de los hombres más peligrosos que has conocido.)

Sí. Lo es. Y no por su tremenda musculatura de coloso o por su velocidad de gato, aunque éstos eran algo temible. No. Lo que lo hacía mortal era su deseo de matarme.



(Te mataré, Nippur.)



(Está pensando en matarme. Todo su cuerpo, su mente y su alma no son más que un gran arma afilada que quiere caer sobre mí.)



(Qué terrible es ver a un hombre con tal ansia de matar... Da miedo...)



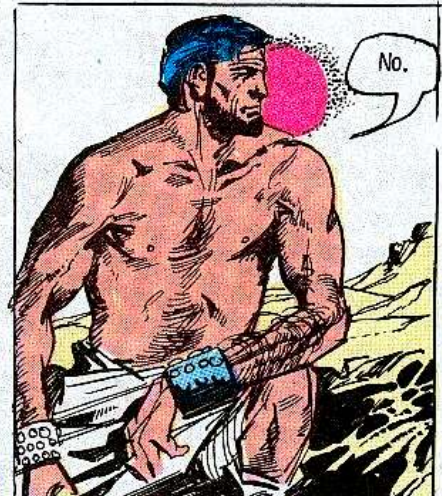
(Y allí está Uhna, temblando de miedo...)



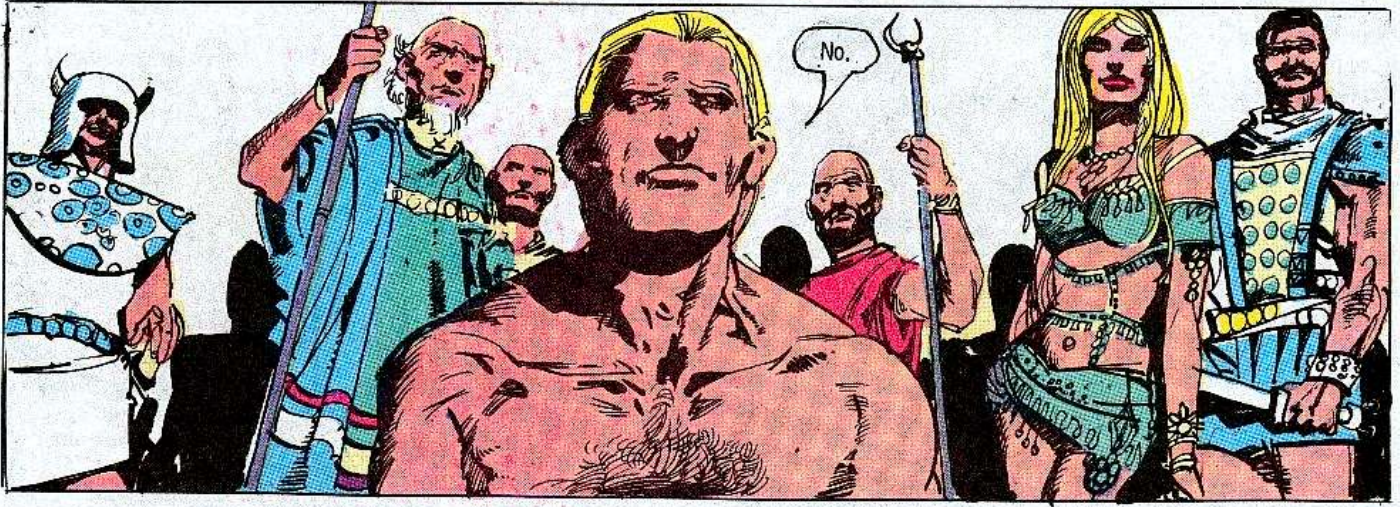
Sí. Algo apartada y con su larga cabellera negra temblando al viento, Uhna no saca los ojos de la espada. Tal vez aún está viendo el cuerpo muerto de Mulba... Tal vez ve aún su sangre sorbida por la arena...



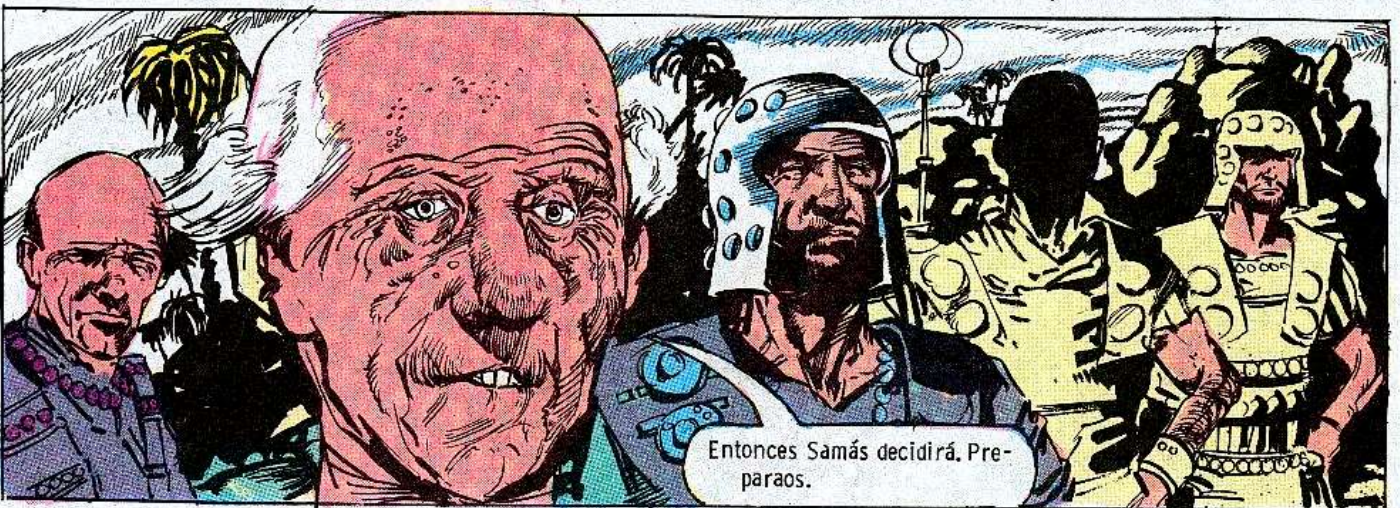
El tiempo ha llegado para el juicio de los dioses. ¿Alguno de los dos quiere cambiar sus palabras?



No.



No.

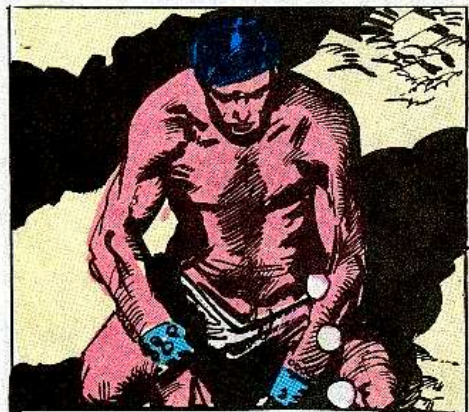


Entonces Samás decidirá. Preparaos.



La gente retrocede a mis espaldas y a espaldas de Nunniskar. Se oye el crujir de la arena bajo los pies y sólo quedamos él y yo, de pie bajo al sol, separados por la espada llameante.

Cuando oigáis el grito...



(Cuando oiga el grito correré hacia la espada y lo mismo hará Nunniskar... y trataremos de matarnos el uno al otro.)



(Pero yo no quiero matarlo... Y él en cambio sí...)



(Los demonios me trajeron a esta playa... Los demonios...)



¡Ah, qué maravilla! ¡Por fin puedo gozar otra vez del mar!



(Esto es algo de felicidad... La frescura del aire... El pescado que se dora sobre el fuego... Esto es como un brote de felicidad...)



(Tal vez...)



(Curioso. Me pareció oír gritos en el viento...)



Agucé el oído y volví a escuchar, en efecto, el grito traído por la brisa. Grito de mujer...

(No me gusta... Tal vez sea alguien herido...)

Corrí por la arena tratando de ver el origen del grito. De pronto...

(Al demonio... ¿De eso se trata?)

¡TÚ no me amas! ¡TÚ no me amas! ¿Por qué?

¡Contesta! ¿Por qué?

¡Basta!

Nunca intervengo en las discusiones de una pareja pues sé que es arriesgarse a hacer el ridículo. Estuve a punto de dar media vuelta cuando alguien me detuvo.

(Esa manera de golpearla...)

¿Quién es ese otro hombre que amas? ¡Dímelo!

Basta... No puedo más...

Y más allá vi otra silueta que observaba la escena con los puños cerrados y el rostro pálido. Un joven alto y poderoso como el mástil de un navío.

¡Contesta! ¡Contesta o...!

¡Basta! ¡Déjame! ¡No me tortures más!

¿Eh...?

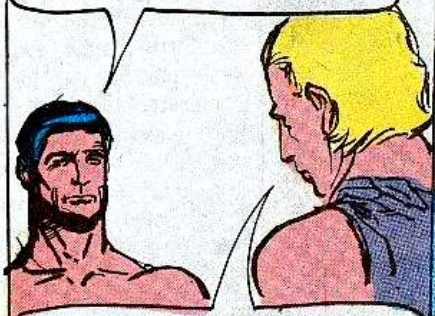
La desesperación debió dar fuerzas terribles a la muchacha... Y el hombre era esmirriado y consumido. Cayó hacia atrás...



(Ese ruido... Me parece que ha...)



¡Nadie ha matado a nadie, muchacho. Esto ha sido un accidente.



¡Calla! ¡No metas tus narices de extranjero en cosas que no te incumben!

¡Exigiré a la junta de ancianos que te castigue! ¡Has asesinado a mi pobre hermano!



La joven lo miró y con los ojos sorprendentemente coléricos avanzó hacia él.



¿Junta de ancianos? ¿Para qué la necesitas, hombre del mar?



Tienes un cuchillo, ¿verdad? ¿Y no te has hecho famoso degollando piratas y bandidos? Tienes un brazo poderoso, ¿verdad?



¿Por qué no tomas tú la justicia? ¡Aquí está mi pecho y allí está tu cuchillo! ¡Hazlo!



¡Hazlo, cobarde! ¡Suma otra cobardía a las que ya tienes! ¡Hazlo!

Era como ver a dos demonios locos de cólera enfrentados, echando fuego por los ojos. El joven gigante vaciló con el puño cerrado sobre la empuñadura de su cuchillo. Ella lo azuzó rabiosamente.



¿No te atreves? ¿Tienes miedo? ¡Hazlo!

No... No lo haré... Llamaré a los ancianos...



Y se alejó corriendo sobre la arena amarilla de la playa.



¿Quién es ese joven?

Nunniskar, el rayo del mar, el hijo predilecto de la ciudad.

¿Era hermano del muerto?



Sí, Mulba era su hermano menor y como un espejo blanco y uno negro, uno fue gigantesco y el otro enclenque, uno fue valeroso y puro como una llama y el otro mezquino y lúgubre como las brasas frías.



Pero desde siempre Nunniskar veló sobre su hermano menor, le concedió cuanto quería y lo dejó ser su amo. El era amo de los mares pero su hermano era su dueño. Se avergonzaba de ser tan fuerte y Mulba tan débil, de ser idolatrado por todos mientras Mulba era detestado.

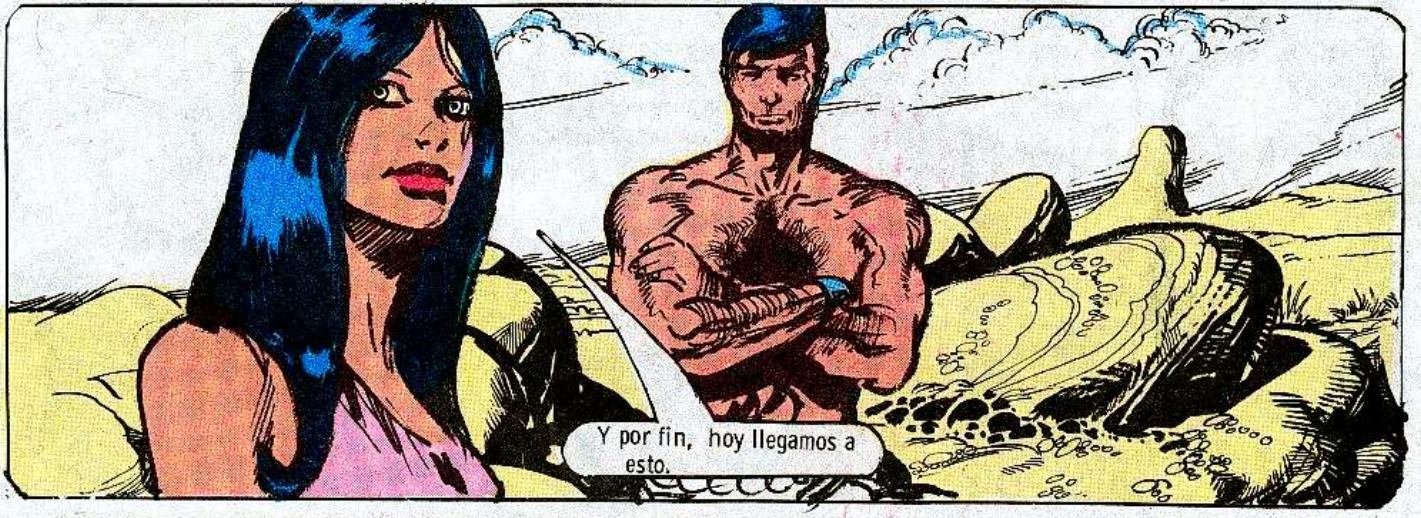


¿Y tú?

Yo era esclava pero Mulba se encaprichó conmigo y me convirtió en su mujer. Fue caer en el infierno. Mulba no sabía amar y sí torturar. Los celos lo devoraban y lo que le faltaba en fuerzas y salud lo tenía en locura y maldad.



Hace tiempo llegó a la conclusión de que yo lo engañaba y comenzó a torturarme y perseguirme pidiendo que confesara. Y yo no podía confesarle nada porque todo estaba incubado en su cerebro enfermizo.

Y por fin, hoy llegamos a esto.



¿Crees que Nunniskar cumplirá su amenaza?

Oh, sí. Lo hará. Hay demasiadas cosas que lo atormentan y buscará expiarlas.



Mira. Allí viene.

Una verdadera multitud lo seguía y en primera fila estaban los ancianos del pueblo con sus bastones. Todos parecían indecisos menos él.

Allí está. Mi hermano muerto y ella.




Parece ser de una caída.

En efecto. Parece ser algo accidental.



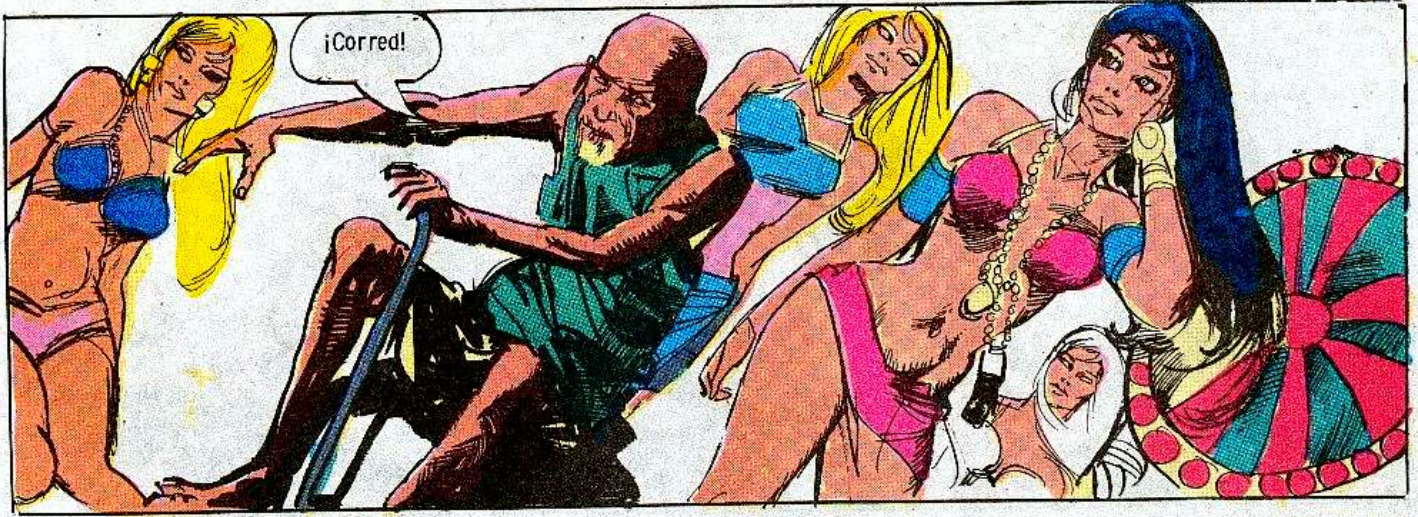
Y Uhna tiene golpes en la cara.

Tal vez ese hombre ha visto algo.



He visto, ancianos. Vi a una mujer golpeada salvajemente. Vi un empellón ciego y un cuerpo que cayó y que accidentalmente se desnucó contra una piedra. Si hay culpables, no está en manos humanas el decir quiénes son.





¡Corred!



La espada relampaguea como una llama y corro hacia ella con todas mis fuerzas. La arena me muerde los pies.



Nunniskar es más rápido que yo... Se acerca...



¡Es mía!



¡Ahhhh!



La espada vuela lejos. En ningún momento pensé tomarla. No quiero matar a este valiente idiota.

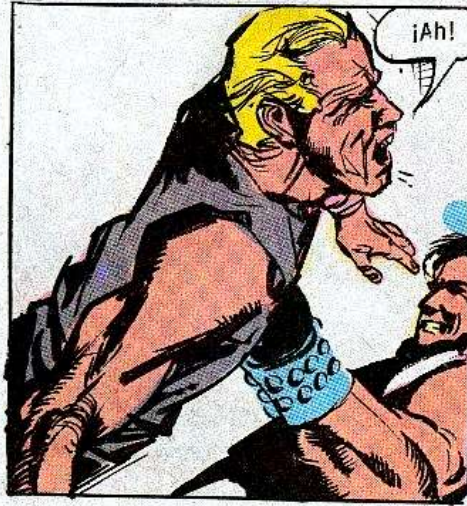
¡Ah!



Pero él también sabe luchar...



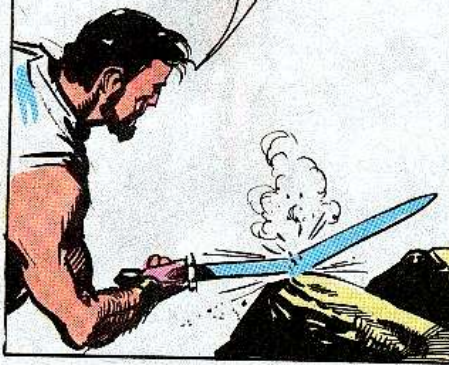
¡No necesito espada! ¡Me bastan mis manos.



Recojí la espada y me aproximé a él. Entonces Uhna gritó...



No lo haré. Quiero que él comprenda que le he dado su vida. Y creo que los dioses han dado su respuesta.



Así es. Uhna es inocente.

Todos se fueron y en la playa desierta sólo quedé yo con Nunniskar, quien se arrastró hasta una roca y se sentó contra ella. Le di vino...



Bebe. Te hará bien...

Gracias...

Parecía deshecho de tristeza ahora y bebí con desgano. Me miró... y vi en sus ojos dolor y lágrimas.



No he podido vengar a mi hermano, Nippur...

No, Nunniskar, y aunque hubieras hecho matar a Uhna no lo hubieras conseguido.



¿Qué quieres decir?

Querías pagar por un pecado muy sutil, Nunniskar. Uhna amaba a otro hombre. Fue fiel a tu hermano pero amaba a otro hombre. A tí. Y tú la amabas a ella. Os he visto llamear de odio como dos fieras. Y sólo el amor puede engendrar tanto odio. Toda tu vida protegiste a tu hermano débil y él aprovechó eso.

Le fuiste leal y te apartaste de él y de su mujer pero el corazón es traicionero, ¿verdad? Tu hermano era cruel y sórdido y es hora de que lo comprendas. Tú no lo traicionaste pues no le quitaste nada. Deja de chapotear en tu remordimiento. Has sido leal y tu lealtad y tu remordimiento casi te han hecho cometer un crimen. Deja tu alma en paz, hombre.





El mar rugía contra las rocas y moría sofocado en la arena cerca nuestro. Un vaho húmedo comenzó a levantarse y me puse de pie.

Vamos. Hace frío.



NIPPUR DE LAGASH

LOS CORTESANOS Y LOS GUERREROS

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**



Soledad. Con esa palabra lleno mi boca en algunos días en que siento los caminos demasiado largos o el polvo demasiado árido bajo mis pies. Soledad, cuando el agua no es tan fresca en el cántaro o cuando los hombres cierran sus puertas ante el desconocido que golpea en ellas.



Pero también la llamo aventura. Esa mujer agradable y vocinglera, ataviada con un ropaje de mil colores que ríe y golpea sus joyas de cobre y cristal mientras pinta con rojos violentos y atractivos los horizontes lejanos.



Soledad para Nippur. Aventuras para Nippur. Vivir es tan hermoso...



¡Socorro!



(¿Y eso? Una mujer grita. Era demasiada paz para que durara.)



¡Socorro!



De un tirón saqué mi espada, maldije la hermosa mañana arruinada y me lancé corriendo hacia ese alarido que no cesaba.



¡Socorro!

Salí de entre los árboles enrollando una manta en mi brazo izquierdo y buscando un árbol contra el cual apoyar mis espaldas en caso de que los enemigos fueran muchos.



¡Aquí tienes ayuda, mujer!

¡Mata al monstruo, por amor de Samás!



Este... con mucho gusto, muchacha. Pero, ¿dónde está?



¡Allí! ¡Justo enfrente de ti!

Miré a mis pies y vi al "monstruo". Analicé por un momento la "peligrosa" situación y por fin lo empujé con mi pie.

Vete, sapo tonto.



Puedes bajar. Dudo mucho de que tu vida peligre ahora.

Me has salvado...



—Mi nombre es Pima y he venido a este lugar espantoso desde Uma. ¿Conoces Uma, extranjero?

En efecto, conozco Uma. ¿Y por qué te encuentras aquí?



He venido con mi marido que debe hacer una cura de mar. Los sacerdotes lo han revisado muchas veces y aseguran que debe descansar de sus tareas. Trabaja mucho, ¿sabes? Y siempre está pálido y cansado.



Me miró de pies a cabeza y con ojos de niña dijo... -No es alto y gigantesco como tú. No tiene esos enormes músculos tuyos, ¿eres fuerte?

Me encogí de hombros. Me desagrada cuando la conversación me convierte en tema central.

¿Dónde está tu marido? Nunca debes alejarte demasiado del campamento.



Ven conmigo. Comerás con nosotros. Me aburro tanto... Hemos venido con varios amigos pero son todos como Elim y sólo hablan de aceite, granos, barcos, camellos, piezas de plata... ¡uf! Ven.



Está bien. Te acompañaré pero luego seguiré mi camino.



¿Por qué estás tan apurado, extranjero? ¿Adónde vas?

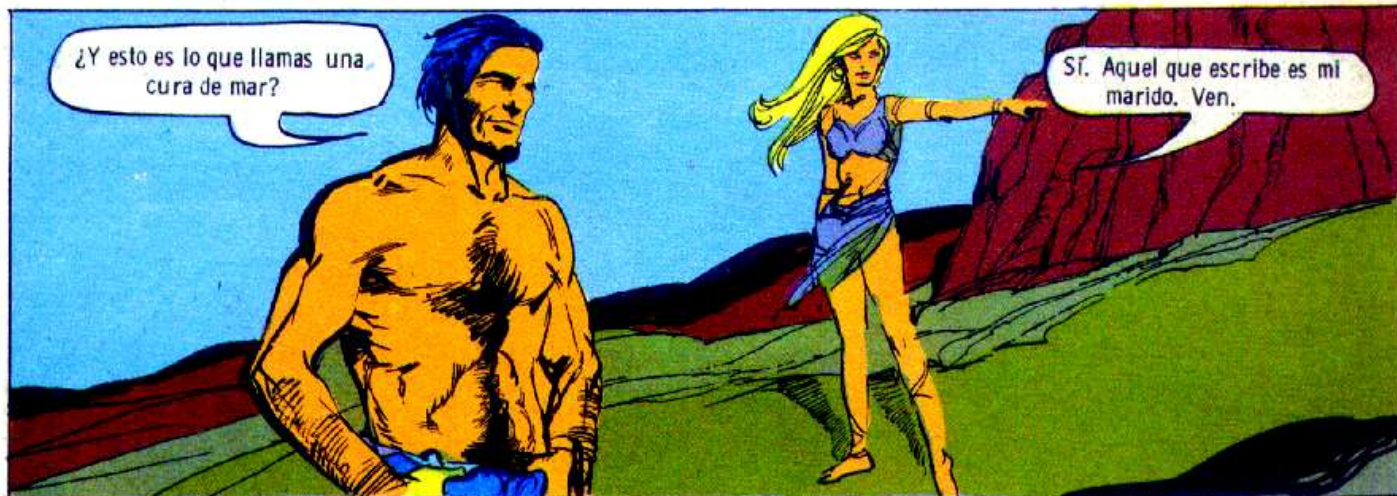
¿Adónde? A ninguna parte, muchacha. Simplemente voy.



Frente al mar se alzaban dos docenas de tiendas blancas como la nieve y un enjambre de criados de cabezas afeitadas; con los lóbulos cortados corrían de aquí para allá, cocinando, limpiando, empujándose...



Y no muy lejos de las aguas, una docena de mujeres y hombres también vestidos de blanco yacían bajo los toldos de tela fina, charlando, bebiendo y aburriéndose sin disimulo.



¿Y esto es lo que llamas una cura de mar?

Sí. Aquel que escribe es mi marido. Ven.



(Guardianes.)

También vi algunos pesados hombretones de torsos de barril y caras peludas sentados junto a unas rocas bebiendo, rascándose las axilas y mirándome con fríos ojos de bestias.



¡Elim! ¡He encontrado a este extranjero que me ha salvado la vida! ¡Se llama...! ¿Cómo te llamas?

Las personas desde abajo del toldo me miraron. Eran ricos cortesanos de Uma, de carnes flácidas y ojos cansados. Manos débiles y hombros estrechos. Mujeres de cabellos teñidos y de lánguidas bellezas nocturnas que protegían cuidadosamente sus pieles blancas del sol feroz.

Bienvenido. ¿Cómo te llamas?



Nippur.



Las cabezas se movieron como flores mecidas por el viento y los ojos me miraron atentamente. Elim preguntó cautelosamente.

¿Nippur? ¿Nippur de Lagash?



Ese soy. Si hay entre vosotros gente amiga de los tiranos de Sumer, tal vez no me quiera en este campamento. Decidlo. Mi nombre no es bandera de paz.



Nada tenemos contra ti, Nippur de Lagash. Somos comerciantes, no guerreros. Tu rebeldía contra el poder de Luggal-Zagzizi no nos concierne. Bebe con nosotros.



¿No es emocionante? ¡Nippur está entre nosotros! ¡Y es hermoso como un dios!



En ese momento, los dos jinetes aparecieron en un recodo de la corte. Venían al paso lento de sus monturas y vi los cabellos de uno de ellos volar en el viento como una bandera de oro.

¿Y aquello?



Se acercaron más y se detuvieron frente a nosotros. Un blanco y un negro. Altos y soberbios como lanzas. Los cortesanos los miraron interesados. El aburrimiento los hacía curiosos.

Bienvenidos, forasteros. ¿Qué hacéis por aquí?



Mi nombre es Urnum y mi amigo es Oh. Venimos desde Egipto donde hemos luchado en la guerra civil y ahora marchamos hacia las montañas.

Quedaos a comer con nosotros. Tenéis una larga jornada aún.



Ambos hombres cambiaron una mirada y luego, el joven de largos cabellos rubios asintió gravemente.

De acuerdo. Te agradecemos.



¿Has visto su hermoso cabello? Dudo que haya algo tan atractivo...

Prefiero a Nippur. Míralo. Parece tan alto y tan soberbio como una torre.

El negro es poderoso.

Ah. Y los tres tienen el cuerpo lleno de cicatrices.

Los dos hombres se detuvieron ante mí. Nos observamos por un momento y por fin el negro, sonriendo, me dijo:

¿Qué haces aquí? ¿Qué hace el león entre los perrillos?

Me refuyo también.

Tal cual vosotros. Me he detenido tentado por la oferta del buen vino y de la buena comida.

¿Habéis hablado de guerra civil en Egipto? ¿Qué ha ocurrido? Llevo más de un año vagando sin noticias de allá.

Uno de los sobrinos del difunto faraón se sublevó contra la reina viuda. Alquiló miles de hicsos e intentó conquistar la doble tiara.

¿La reina viuda? ¿Quién es?

Una princesa de la casa real... Joven aún. Su nombre es Nofretamón. Triunfó por fin y la cabeza del rebelde aún debe estar colgando bajo el sol de Egipto.

(Nofretamón...)

Súbitamente todo se borró ante mí y con la fuerza agobiante de un ariete, volvió el recuerdo y volvió la voz... -Vete, Nippur... Vete, hombre orgulloso. Yo tendré tu recuerdo en mis ojos y el río y el viento me traerán tu voz y el estruendo de los guerreros en marcha me harán sentir tu risa de bronce y tu amor.

Vete. Descubrirás que ninguna mujer te amará más que tu infeliz princesa de Tebas. Vete. No debes verme llorar por ti. Yo también quiero ser orgullosa. Vete. Vete.

Vete.

(Princesa de Tebas... Nadie me amó más que tú. No te dejé buscando mejor amor... Nadie podría darte... También aquel joven sumerio orgulloso te amaba...)

(Tal vez este hombre calcinado y envejecido también te ama. Han pasado tantos años... Ahora eres reina... y yo he perdido todo...)

¿Vuelas muy lejos con tu pensamiento, amigo?

Lejos sí, Urunum. Hasta los largos cabellos de una mujer.

Ah, sí. La nostalgia es como una flecha loca.

Esa noche bebimos y comimos junto con los lánguidos cortesanos, junto a las hogueras, mientras los criados zumbaban a nuestro alrededor como moscas...



(Siento algo extraño... Como si todos estos pálidos homrecillos tuvieran algún secreto...)



Dime, Nippur. ¿Crees que alguno de estos hombres es mejor guerrero que tú? Eres legendario como luchador pero ellos parecen también serlo.

Crucé una mirada con mis vecinos y el negro Oh se encogió de hombros despectivamente ante una frase tan estúpida. Urunum ni siquiera alzó los ojos del trozo de carne que cortaba despaciosamente.

Nadie conoce la calidad de un guerrero como se conoce el pelaje de un caballo, Elim. Sólo se conoce la calidad de un guerrero midiéndola con el filo de una espada.



¿Medirías la de ellos?



Esta vez Urunum alzó los ojos y Oh miró sorprendido a Elim.

Yo no peleo por reputación, Elim.



Tal vez habría una buena bolsa de oro para el ganador. Nos gustaría ver un combate. Pensad. Daríamos el peso de una espada en oro al que ganara.



El negro se puso de pie lentamente y con toda lentitud derramó su escudilla humeante en el suelo. Luego...

Te agradezco tu hospitalidad, sumerio. Y creo que prefiero pasar hambre que seguir disfrutándola.



-¿Y tú? ¿Tampoco apeteces el oro? Tú pareces valiente... -Te agradezco el elogio. Si quieres ver un combate, puedes pelear con tu mujer.

En fin, veo que no queréis pelear por propia decisión, así que...



... os ayudaremos un poco a cambiar vuestra intención.





¡Bebe, tonel humano!



¡Te mataré, perro!



¡Pues no lo haces muy bien, imbécil!



¡Ahhh!



¡Ah! ¡Acercaos, pequeños! ¡Mirad bien de cerca cuán feos sois!



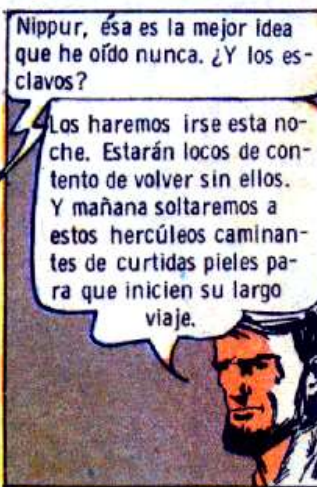
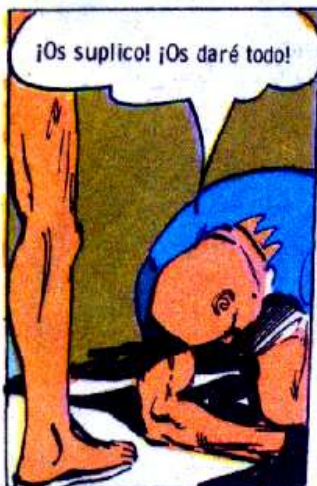
¡Bien cerca!



¡Ven, imbécil!



¡Ahhh!



¡No nos dejéis aquí! ¡Volved!





Nos reímos y lanzamos nuestros caballos por la playa, envueltos en el salado viento del mar. Eramos fuertes, alegres y libres. ¿Qué más necesita un hombre?



FIN

NIPPUR DE LAGASH

NIPPUR CABALGA HACIA TEBAS

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**



Cantemos, alegres amigos, y relatemos historias junto al fuego, ese buen amigo que en las noches de frío nos cobija y nos hace olvidar las penurias, el viento glacial que mata las flores y la oscuridad cruel donde los sueños se pierden como niños en un país desconocido. Cantemos al fuego...

Cantemos, ¿por qué no?, al vino rojo y caliente que caldea nuestro vientre y aguza el ingenio. No olvidéis que el vino es curioso y burlón. Que un tonto con vino es menos tonto mientras que el ingenioso con vino tal vez lo sea menos. Cantemos al vino que se burla de nosotros pero que lo hace con buen humor. Llena la copa, pastor. No lo economices. Las viñas se hinchan en las laderas de las montañas. No mezquines ahora...



¿Y las mujeres? No hablas de ellas.



Pastor, eres muy joven. No olvides este consejo. Habla de la mujer que tengas ante tus ojos. Eso te alegrará. Nunca hables de las mujeres ausentes pues te quedará un gusto a tristeza y a soledad que te estropeará el vino, el fuego y el humor.

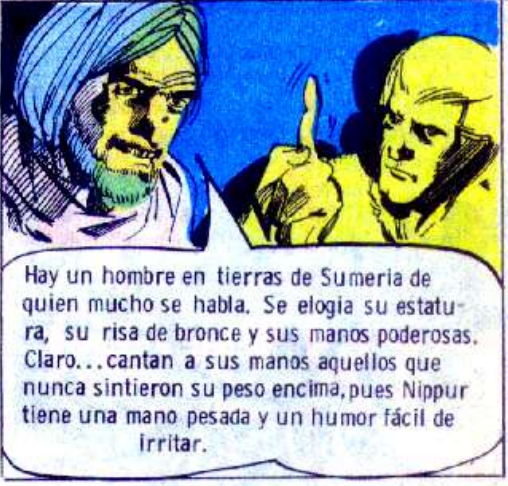


Cuéntanos una historia, amigo.

Sí. La noche es larga y tú tienes la palabra ágil. Cuenta.



¿Cómo negarme? El cordero fue bueno, el vino es abundante y el fuego me enriquece. Mi humor es magnánimo y me hallo en buena vena. Os contaré una historia.



Hay un hombre en tierras de Sumeria de quien mucho se habla. Se elogia su estatura, su risa de bronce y sus manos poderosas. Claro... cantan a sus manos aquellos que nunca sintieron su peso encima, pues Nippur tiene una mano pesada y un humor fácil de irritar.



Se dice sin embargo que su paciencia es infinita como su sabiduría.



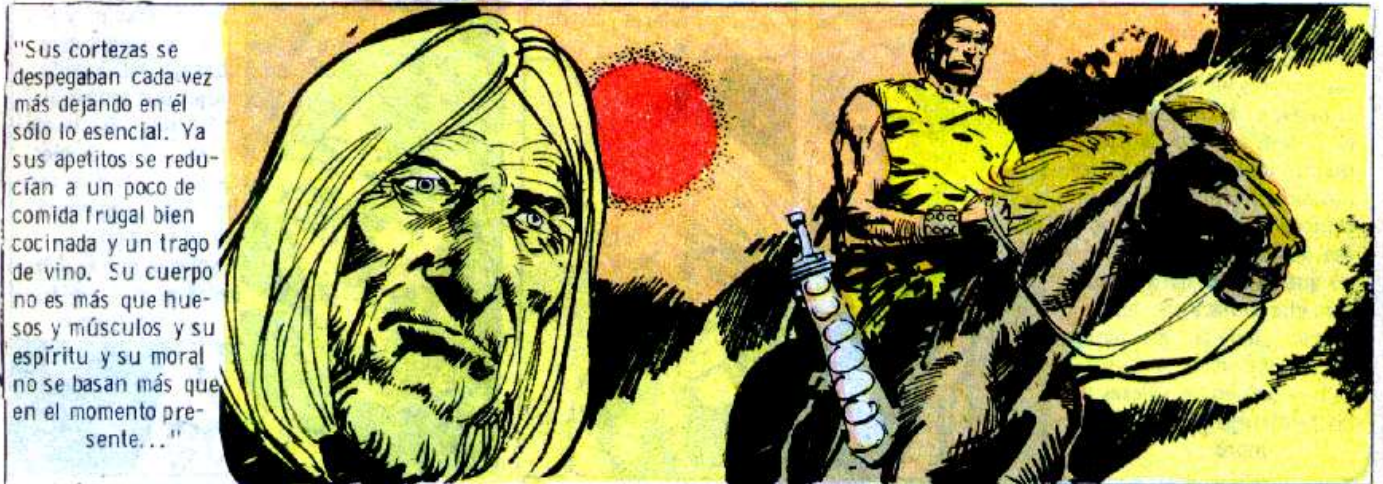
También se dice que hay conejos que vuelan. ¡Bah! Conocí al hombre de Lagash en Ur, un día en que su humor bailaba como una flecha loca. Le pedí una limosna...

"Primero me arree una patada en las nalgas y luego me dio una pieza de oro. En eso hallarás a Nippur. No busques a un hombre perfecto. Más bien busca a un hombre. Nippur es un hombre... y eso significa ser muchas cosas buenas y malas. Ser hombre es como el día y la noche. Una cosa será mejor que la otra pero no las podrás separar. El mal y el bien son los huesos y la carne del hombre."



No entiendo muy bien lo que dices. Tal vez eres demasiado sabio.

O tú demasiado simple.



¿Y los soldados de la reina que cuidan este pueblo?

Míralos. Tienen el vientre hinchado de cerveza y cuando se cuelgan la espada en la cintura lo hacen al revés. ¡Bah! El Egipto ya no tiene aquellos soldados de otra época. Ahora Egipto es gordo y rico y prefiere pagar a sus enemigos para que lo dejen en paz.

Pero los hititas son flacos y pobres. Les importa un bledo la filosofía y los poemas que ocupan todo el tiempo de la corte en Tebas. Ellos sólo saben cómo golpear con la espada al derecho o al revés. Y cuando llegue el momento ya verás que una espada pesa más que todos los pergaminos de la biblioteca real.

Un grito de mujer. Un coro de carcajadas brutales. El viejo meneaba la cabeza...
¿Oyes? Otra vez. Sólo necesitan una excusa...

(Echemos un vistazo.)

¡Socorro! ¡Socorro!

(Son doce jinetes. La mitad de ellos juega con la mujer. La otra mitad aguarda que los soldados egipcios se muevan...)

(Pero los egipcios tienen miedo. No se moverán...)

¡Socorro!

is
fa
rra



¡Perros! ¿Qué tenéis en la sangre? ¿Agua? ¿No vais a intervenir?

Cállate, chiquillo. Y no te metas en lo que no te va.



¡Cobarde!



¡Basura hitita! ¡Deja esa mujer!



El hitita tiene ojos pesados y llenos de sangre. No se divierte sino que cumple con un deber militar. El chicuelo no tiene uniforme así que no le sirve.

Vuelve con tu madre si la tienes...



Yo conozco a mi madre pero, ¿conoces tú a tu padre?



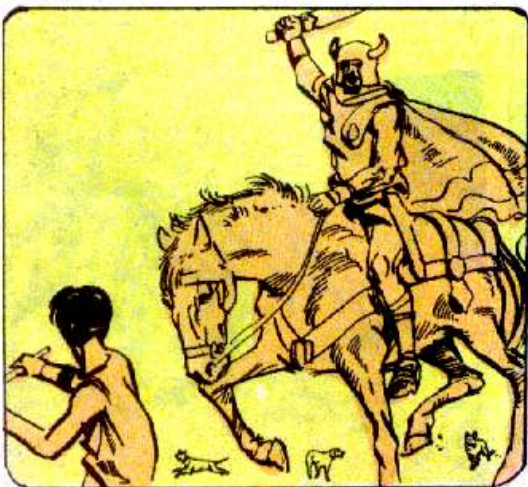
El hitita no siente el insulto más que a medias. Su cerebro lento tarda en reaccionar y cuando lo hace, lo hace de la única manera que conoce.

¿Tienes un dios? Pídele misericordia.



El joven se ríe. Es delgado, bravo, e ignora el miedo de la misma manera que un águila ignora los mares sobre los cuales nunca voló.

Búscame.



El hitita se pone de pie. No está enojado. Es un soldado y aprecia los buenos pelearos. El joven lo ha vencido en buena ley y en su cerebro estúpido y recto analiza la técnica utilizada. Un soldado se le acerca.

¿Lo matamos?



No. ¿Por qué? Me ha ganado en buena ley.

⚡ Todos reirán de los hititas si no lo haces. Nuestro nombre debe ser temido.



¿Crees que reirán de nosotros?

Si no lo matas sí.



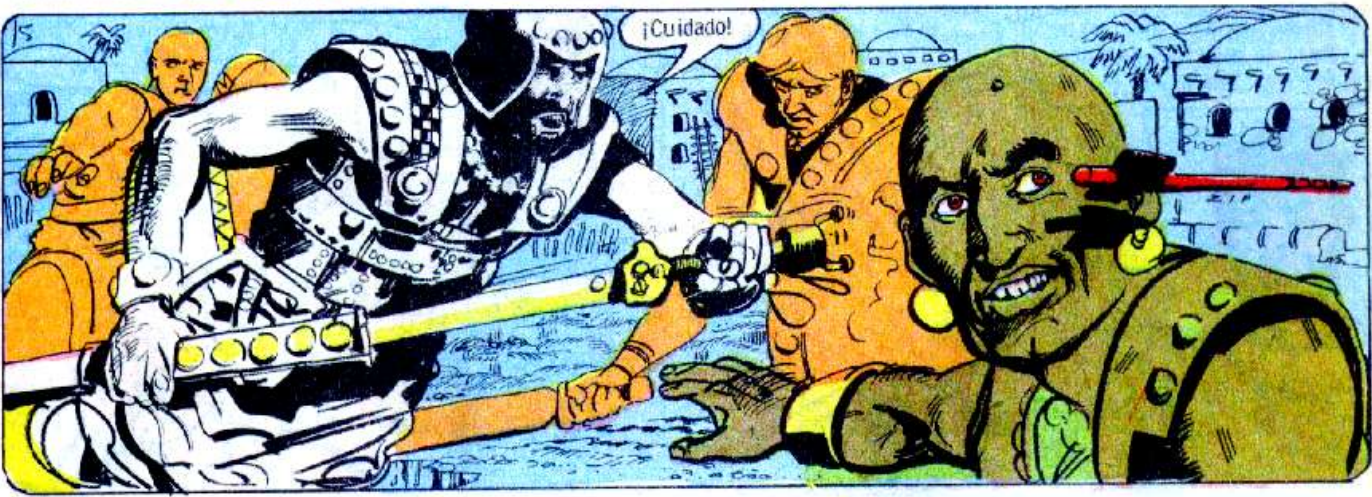
Entonces mávalo.



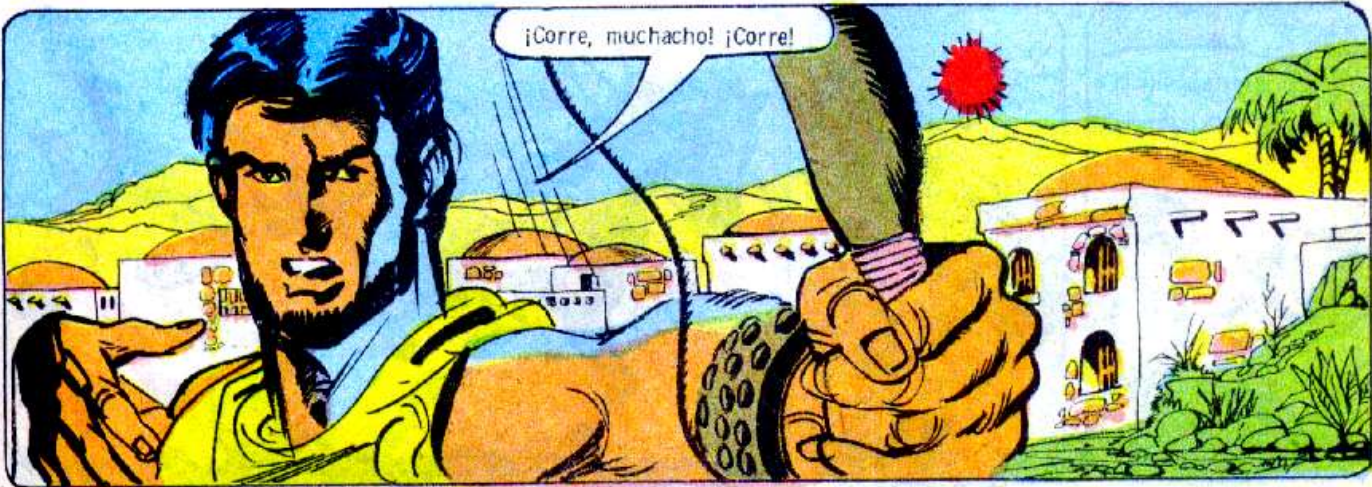
¡A él!



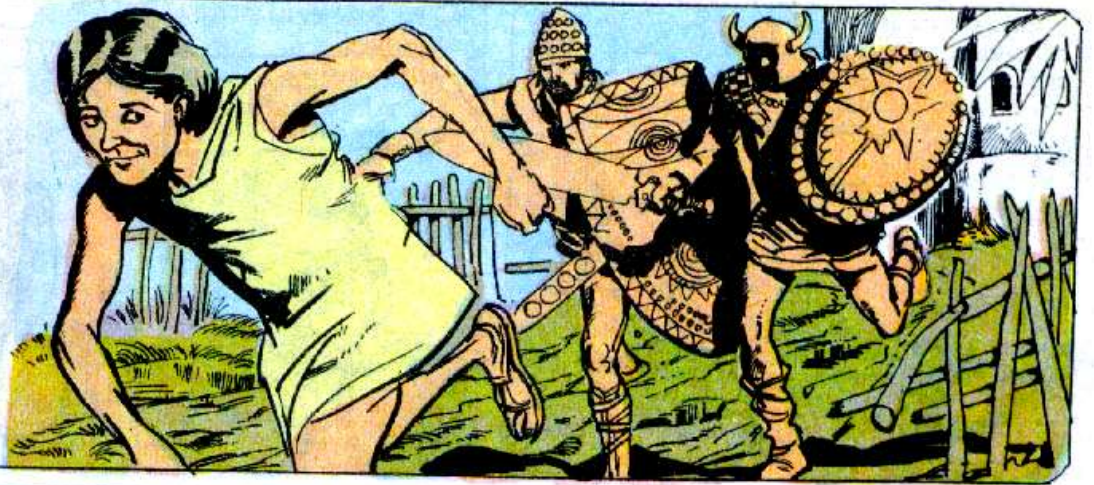
(Oh, hititas, imagino el placer que sentiréis de volver a encontraros con vuestro viejo amigo Nippur...)



¡Corre, muchacho! ¡Corre!



No hacen falta palabras. El jovencuelo ágil como un mono huye mientras las flechas vuelan. El muchacho corre hacia el lugar de donde nacen esas abejas de madera endurecida al fuego...



Gracias...

¡Deja de dar las gracias y monta! ¿Tienes caballo?



No.

¡Monta en la grupa del mío! ¡Es fuerte y nos podrá llevar a ambos!



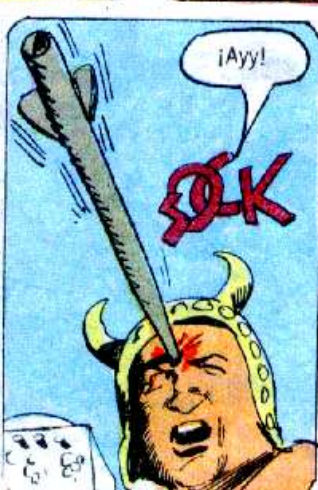
¡Captúrenlos! ¡Los desollaré vivos!



Cálmate, valiente guerrero de cabeza de palo. Hoy no quiero sangre así que...



... te daré tan solo una flecha sin punta.



¡Ayy!



Perro sarnoso... Yo... ayyy...

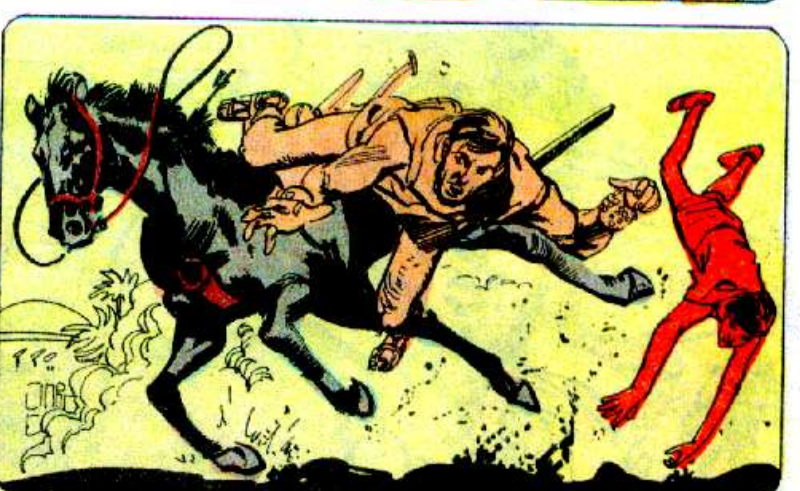


¡Vamos!

¡Eres magnífico!



Pero...



El semicírculo sombrío de jinetes se cerró alrededor de ellos...



Muchacho, creo que ahora veremos el otro lado de la broma.



Los arrastraron a un campamento lejos del pueblo y allí los encadenaron a una palmera no lejos de un ojo de agua. Un sol pesado cocía la arena y los hombres.



¿Quién eres tú, muchacho?



Me llamo Akhenamon.

¿Akhenamon? Curioso nombre.

¿Hablas egipcio? ¿Sabes lo que significa?

Akhenamon. Hijo de Amón. Hijo de Dios. ¿Quién es tu padre? ¿Dónde está?



Pues... mi padre murió hace muchos años. Ahora vivo sólo con mi hermana mayor en Tebas. Me aburría mucho y decidí lanzarme un poco a vagar.



¿Cuántos años tienes, Akhenamon?

Quince.



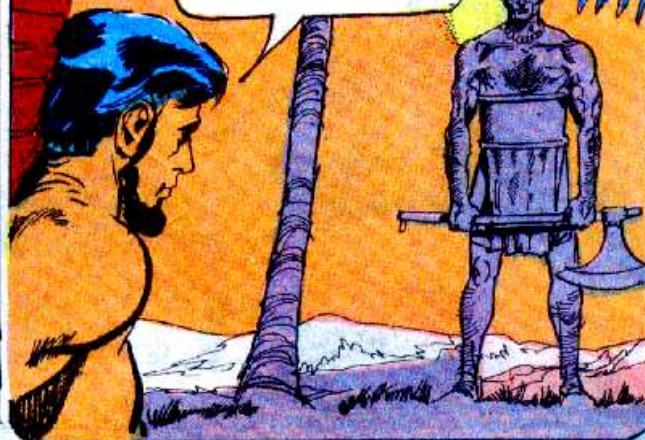
(Quince años. Tan joven para morir...)



(No es justo...)



¡Eh, hitita! ¡Ven aquí!



¿Qué quieres?



Quiero salvar al muchacho. Puedo ofrecerte algo valioso a cambio. Te dará gloria y fortuna.





Entiendo. ¿Cuándo...?

Mañana a la mañana. Cuando nos pongamos en marcha.



(¿El fin? Tal vez... Triste esto de encontrar un fin tan idiota... pero, ¿acaso no lo son todos? Sólo la muerte confiere un poco de dignidad al fracaso que es morir. Sólo la muerte dice si un hombre ha ocupado algún lugar en la vida. Sólo el agujero marca el lugar que ocupara la roca.)



¿Estás listo, hombre de Lagash?

Estoy listo.

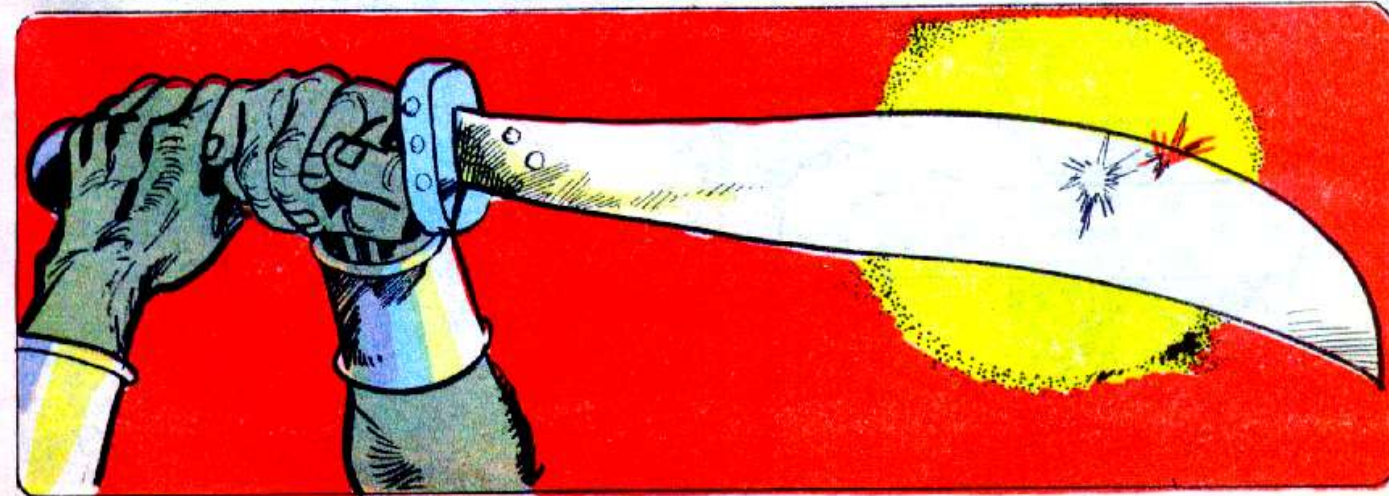


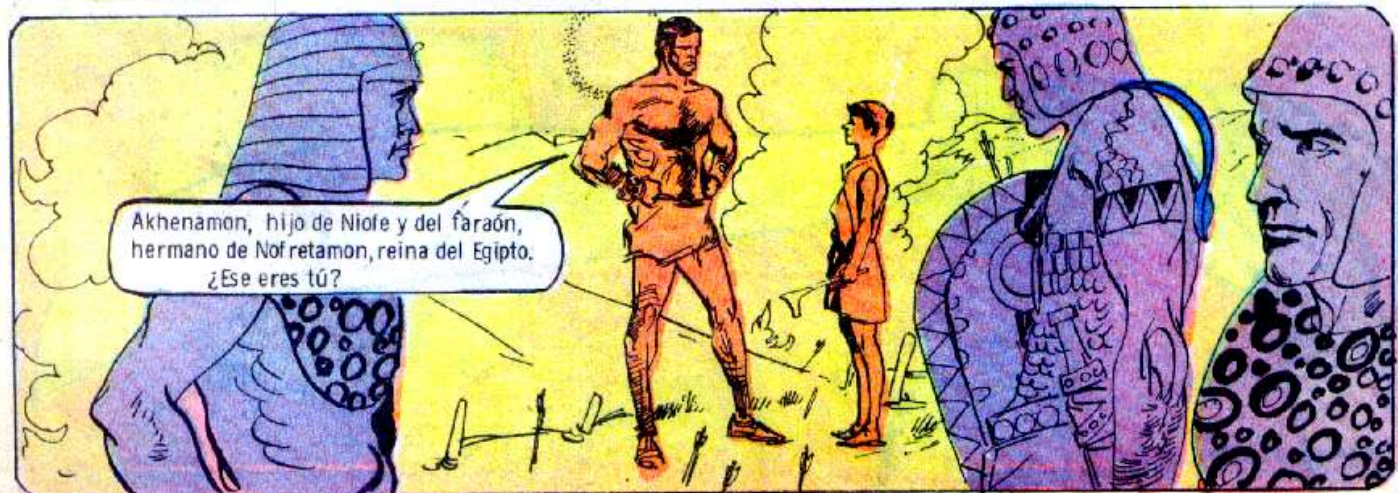
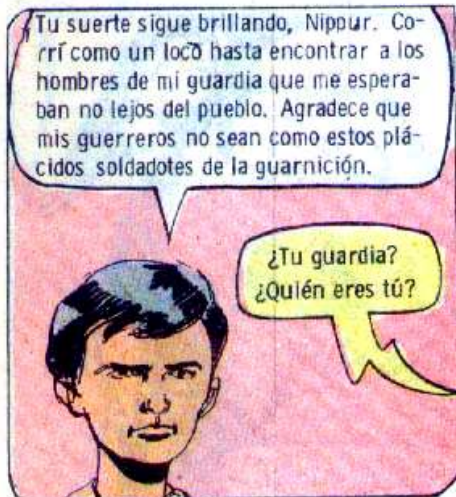
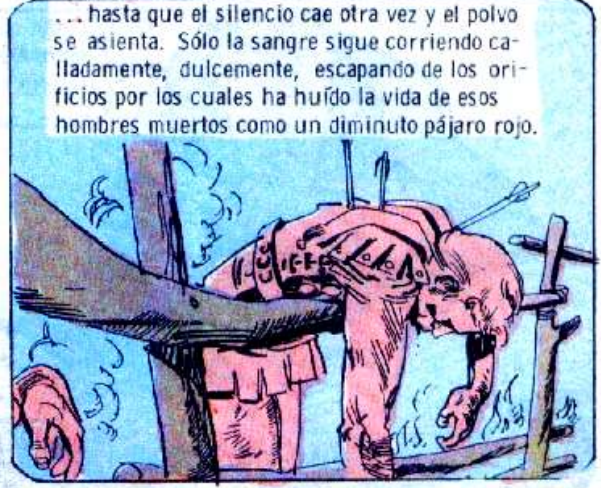
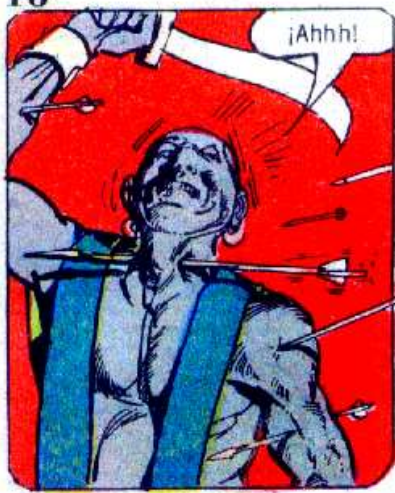
Luego que te corte las manos debes meter tus muñones en ese odre con remedio hirviendo. Quiero evitar que tus heridas se infecten y que...

Vete al infierno, hombre concienzudo.



(Samás... ¿qué es el hombre? ¿Qué será de mí?)







Nippur de Lagash, fantasma, rey de ninguna parte, terror de ejércitos que nunca te han visto, vagabundo que desdénas coronas, ¿ese eres tú?



Estos muertos hititas traerán la guerra. Tú nos traes la guerra, Nippur. Eres como el sonido de un cuerno de combate. Eres como la tormenta que llega. Debo partir a Tebas a avisar a mi hermana, la reina, que debemos preparar nuestro ridículo ejército para luchar contra esa horda de asesinos carnívoros. Necesitaremos hombres, armas...



... necesitaremos banderas. ¿Vienes conmigo a Tebas, Nippur? El corazón de mi hermana fallará un latido cuando sepa que las sandalias del hombre de Lagash golpean los escalones de su palacio.



(No! retamon... Luego de tantos años...)



Voy contigo.



Todos dormís, ¿eh? No hay que dormir, pastores. ¿No oís el graznido de los cuervos? ¿No veís las águilas remontarse hacia el cielo? Nippur cabalga hacia Tebas y su paso es una tormenta que levanta ejércitos, hogueras, estandartes... El incorruptible de los mil caminos avanza como una tromba de fuego...

¡No durmáis! Todo tiembla y se estremece como si los riñones de la tierra se estrujaran prontos a vomitar increíbles criaturas. Sumeria, Elam, Hatti, Egipto, todo se llena de gritos y de lanzas que parecen ríos de diamantes. Nippur cabalga hacia Tebas y es como un águila inmensa que abriendo sus alas cobijará bajo ellas toda esta hecatombe que devorará las fronteras, los imperios, los tronos, las coronas... Todo... Hasta a él.



NIPPUR DE LAGASH

EL SUMERIO HA LLEGADO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA



Nofretamon, reina de los dos Egiptos, hija de Ra, el sol, está sentada en su gran trono de roca negra, solemne y fría como una estatua de nieve.

Nadie sabe qué pasa detrás de esos ojos ausentes y hermosos.



Nadie sabe a qué compás late ese corazón aplastado por un tapiz de pedrería y oro, cuyo helado tacto parece haber atravesado su piel con los años hasta convertir su cuerpo entero en otra maravillosa joya refulgente y muerta...



Kurakhina, jefe de los mercenarios que se han alistado bajo sus banderas para luchar contra los hititas, la mira con hambre.

(Tan fría...Tan hermosa...Ah, reina de Egipto...)



Hinnannas, el ministro-sacerdote lo mira a él desde el refugio de una columna. Su rostro hermoso y afeitado deja ver una fina sonrisa que se refleja en el metal de oro de sus ojos.

(El faraón sueña con el paraíso. La bestia codicia la flor que se halla en un vaso de oro.)

(Pero yo lo vigilo. La flor ya tiene un jardín al cual será trasplantada.)



¿Y la reina de Egipto? ¿Qué piensa ella?





Esa mañana han llegado mensajeros agotados que han corrido por turnos trayendo la noticia. Un murmullo sordo ha corrido por las galerías de palacio.



¿No sabes acaso quién es Nippur?

Lo sé. Lo sé. Todo el mundo lo sabe pero, ¿qué más da? Un aventurero, un guerrero vagabundo...



Y este gigante incorruptible, este engendro santificado por la guerra y la soledad llega a nuestra corte blanda y corrupta. El león llega junto a los perrillos. Y el león es siempre una bestia mortal.



El león es siempre una bestia mortal. Kurakhina medita en algo parecido mientras sus oficiales negros y blancos, de pesadas armaduras, erizados de espadas, lo rodean. Como siempre es Inermes, el heleno, quien primero dice lo que todos piensan.

¿En qué nos puede afectar la llegada de Nippur?



No lo sé. ¿Quién es Nippur? ¿Qué es Nippur? ¿Cuánto de lo que se dice de él es verdad? Y además, ¿a qué viene?



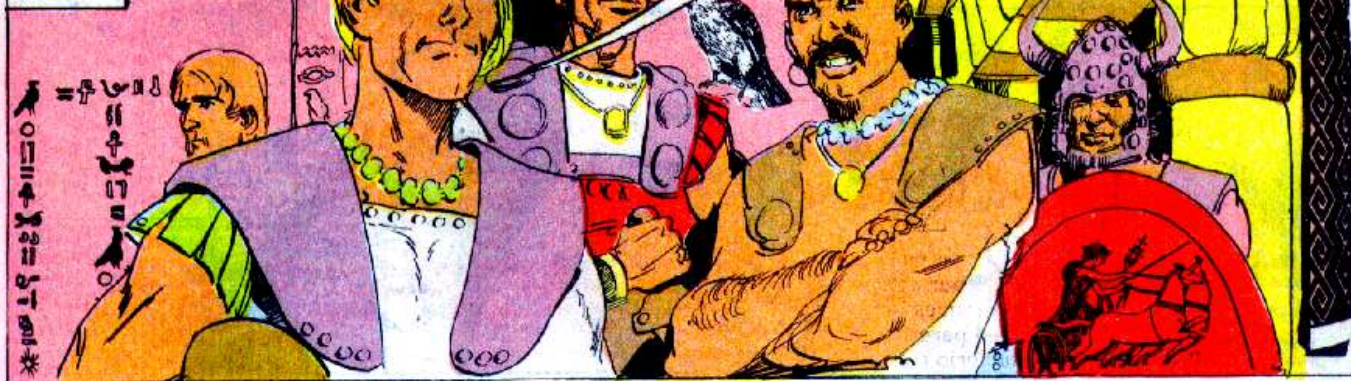
Lo trae el príncipe Akhenamon.

Tal vez el príncipe quiera colocarlo al frente de las tropas. Recuerda que Nippur es uno de los mejores jefes de guerra que existen en la actualidad. Sólo Teseo, Sargón y Ur-El pueden comparársele.



¿Y yo?

Inermes le sonríe dulcemente con esa sonrisa que seguramente un día le costará la vida.



Ah, sí. Claro. Y tú.



Debemos estar muy atentos. Es agradable poseer poder en Tebas. El oro corre fácil y la guerra está lejos. Tal vez Nippur sueña con cosas que no nos convienen del todo.

¿Y si así fuera?

Inermes responde con su sonrisa dulce de adolescente mientras acaricia el puñal de doble filo que lleva en la cintura.



Si así fuera...que se cumpla la voluntad de los dioses.



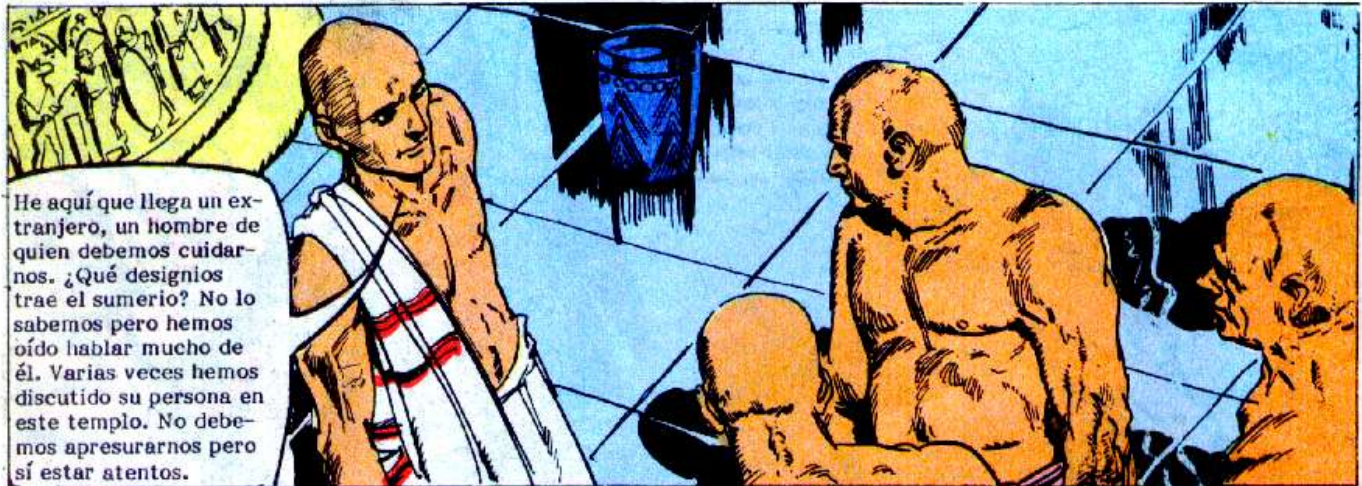
En el templo de Amón hay una reunión muy diferente. Hombres de túnicas oscuras y cabezas afeitadas se reúnen allí. Todos ostentan el mismo aire frío y magro y en sus ojos vítreos arde el orgullo y el fanatismo.

Hermanos...

Son los sacerdotes de Amón, los amos del tesoro sagrado, de los tributos divinos, dispensadores de la paz o la infelicidad eterna. También ellos han vacilado al conjuro de un nombre que Hinnannas ha pronunciado...



Nippur...



He aquí que llega un extranjero, un hombre de quien debemos cuidarnos. ¿Qué designios trae el sumerio? No lo sabemos pero hemos oído hablar mucho de él. Varias veces hemos discutido su persona en este templo. No debemos apresurarnos pero sí estar atentos.

¿Y si la presencia de Nippur fuera inconveniente?



Hinnannas recorre con sus ojos la hilera de rostros inmóviles y ascéticos. Cada mirada que encuentra es un metálico reflejo de la suya. Desde el tejado del templo llega el graznido de los cuervos.

En ese caso, los dioses nos indicarán la conducta a seguir.



Tebas parece adormecida bajo el sol agobiante y nubes de polvo dorado se alzan a cada golpe de viento. Esclavos negros sacan agua de un pozo y ritman sus movimientos con una lenta melopea tristonca.



Un sordo ruido de caballos los enmudece. Los jinetes no se van aún pero su presencia llega y llega como un trueno extraño, nunca sentido hasta entonces, como si nunca un jinete hubiera hecho sonar los cascos de un caballo bajo ese sol y sobre ese polvo...

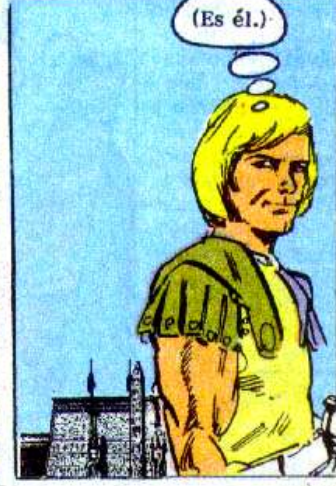




Al igual que los esclavos negros, los cortesanos de túnicas multicolores, los sacerdotes de cabezas rapadas, los soldados cubiertos de bronce, todos ellos han callado y vuelto sus ojos hacia las grandes puertas del palacio de los faraones.

La reina vacila. Ha oído un estruendo de pisadas. Un solo hombre se aproxima.

(Siempre solo... ¿Cómo estará...?)



Por el enorme rectángulo de piedra entra una llamarada de sol, un remolino de polvo y un hombre.



Nippur de Lagash está allí, de pie, una cabeza más alto que todos los que lo rodean, tan enorme y poderoso como una gran montaña distante. En su cara quemada y curtida, sus ojos son como dos pequeños nidos de luz.





Y es esa luz lo único que Nofretamon reconoce en él. Un día dijo adiós a un joven sumerio, brabío, orgulloso y duro. Ahora ve llegar ante ella a ese coloso legendario, desconocido, agobiante en su gran aureola...

Nippur avanza hacia ella, ignorando el mundo que los rodea. Tiene un tranco largo y elástico de caminante y sus músculos son anchos y lustrosos. Es una gran bestia poderosa pero cuando sonrío la reina siente un grato calor y un deseo extraño de llorar.



Mi señora...

Nippur, no creí volverte a ver, nunca más.

Señora, los dioses hacen y deshacen...



¿Te has vuelto un hombre de proverbios, Nippur? Cuando te conocí perdías la paciencia con los dioses y con la retórica.

Tal vez simplemente me he vuelto viejo, señora.



Nippur la devora con sus ojos. Allí está, por fin, la mujer distante más bella que nunca, y el mundo deja de existir a su alrededor. Olvida el protocolo y tiende una mano hacia ella.

No puedo expresar mi felicidad con palabras, señora.



Y la reina toma esa mano tremenda, dura, que debería lastimar y cuya suavidad la maravilla. La reina de los dos Egiptos siente que una extraña felicidad ha llegado fundida en los ojos del vagabundo de Sumeria.

Yo también soy feliz, Nippur.



Akhenamon, el joven príncipe que ha entrado tras Nippur, acecha con rostro sonriente a los que miran.

(Hay varios descontentos con la presencia de Nippur. Muy, muy descontentos.)

Esa noche cenaron los tres en el gran palacio solitario e iluminado por antorchas...

¿Cuáles son los designios que te han traído, Nippur?

La guerra, señora.

Así es. Nippur y yo tuvimos un encuentro con los hititas. Hubo muertos y heridos. Eso servirá de excusa para atacarnos. La guerra nos vendrá encima, hermana. Ya no hay manera de detenerla.

Y ha sido por salvarme a mí que esto ha ocurrido. Por ello estoy aquí, señora. No quiero estar lejos de ti en este momento.

Nuestra situación es desesperada, Nippur. ¿Lo sabes?

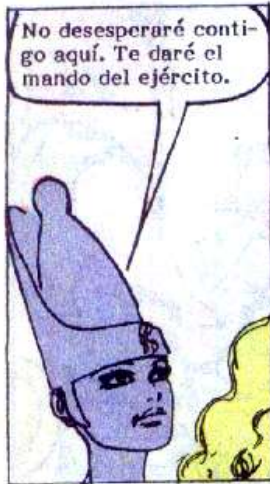
No. Tienes tu ejército.

Es el ejército que me legó mi padre, podrido hasta la médula, con soldados que nunca han librado una batalla. O mercenarios más ocupados en cobrar sus sueldos y en saquear campesinos que en enfrentarse con los hititas.

Y los hititas...Tú los conoces, Nippur. Entran en el ejército a los diez años y quedan en él hasta la ancianidad. Ser guerreros es su vida y no ambicionan otra cosa. Desprecian el oro porque no tienen nada que comprar o vender y sólo aman el poder y la batalla. Y contra esa masa terrible, ¿qué opondré?



Tú, tu hermano y yo nos opondremos, señora. Arrancaremos montañas para colocarlas en sus caminos, invocaremos ríos para que los ahoguen y convertiremos a cada hombre en una espada. No desesperes.



No desesperaré contigo aquí. Te daré el mando del ejército.



(Será mejor que notifique esto a Kurakhina.)



(Ahora habrá que hacer algo rápido.)



No, señora. No me des el mando de nada. Déjame observar aún. Necesito buscar soluciones, ideas y para ello necesito estar libre de responsabilidades.



Como digas, Nippur. Mañana, Akhenamon te indicará todo lo que desees.



Akhenamon se puso de pie. Era joven aún pero tenía una fina inteligencia que le indicaba cierta conducta y cierto tacto. Bostezó exageradamente.

Voy a dormir. Os veré mañana.

Quedaron ambos solos en la sala silenciosa. De vez en cuando se oía aquí y allá el suave paso de un esclavo o el chisporroteo de una antorcha.



¿Has vuelto sólo por la guerra, Nippur?

No, Nofretamon, y tú lo sabes bien. He vuelto por ti. He soñado contigo en los arenales y en las montañas. Varias veces cuando me han torturado he gritado tu nombre.



Y sin embargo evité muchas veces el sendero de Tebas. He perdido mi juventud, he perdido mi frescura y mis sueños, Nofretamon. Sólo me quedabas tú, mi único tesoro... y temía perderte. Una ilusión no se pierde a menos que la enfrentes con la realidad... y yo temía enfrentarte.



¿Y ahora que me has enfrentado?

Nofretamon... Ahora que he enfrentado la realidad soy feliz... Soy joven otra vez.



Soy... Calla...



Calla.



(No me agrada esto. ¿Qué consecuencias puede tener?)



...tal como lo oyes, Kurakhina. Ella le ofreció el mando del ejército.



Hmmm.

¿Qué opinas de esto, Inermes?



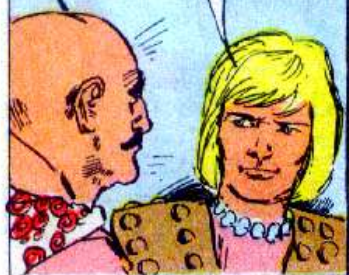
Opino que de cualquier manera que se mire, Nippur es totalmente inconveniente. Él cree en esta guerra y tal vez intente ganarla. Eso está muy bien...



...pero no para nosotros. ¿Qué nos interesa esa loca guerra, imposible de ganar? Lo llaman 'el incorruptible' y no es una burla.

Termina de divagar y vé al grano.

A ello voy, general.



Y el grano no es ni más ni menos que la muerte de Nippur.



No es nada fácil eso y lo sabes.

Fácil. ¿Qué es fácil? El ladro de un perro llega a ser un mundo de complejidad...

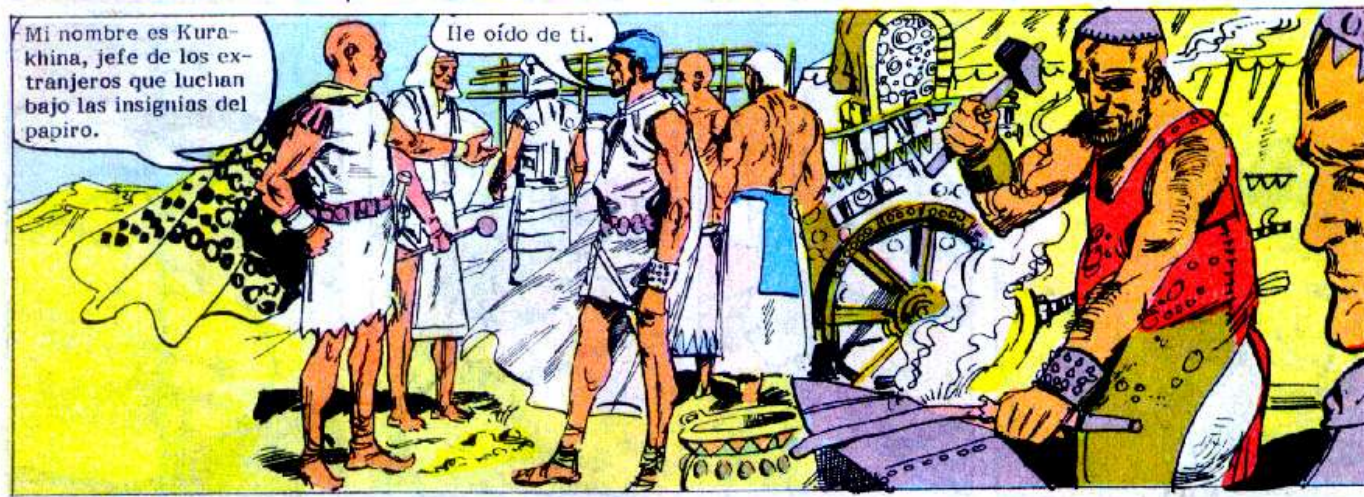


...pero estoy seguro de que mañana desplegará sus alas sobre Tebas.



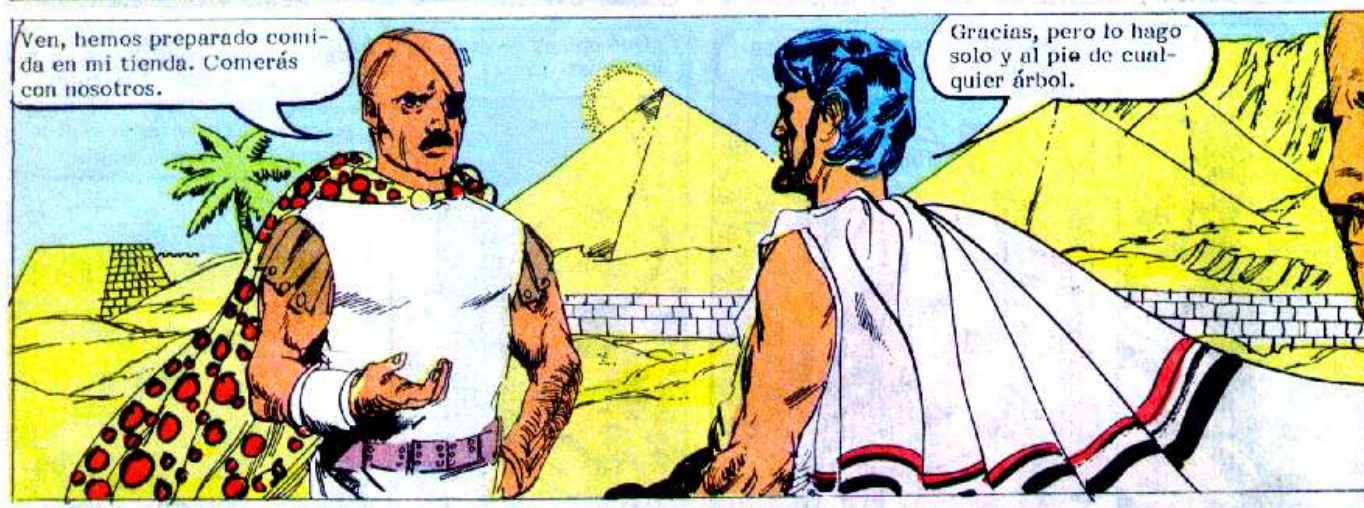
Mi nombre es Kurakhina, jefe de los extranjeros que luchan bajo las insignias del papiro.

He oído de ti.



Ven, hemos preparado comida en mi tienda. Comerás con nosotros.

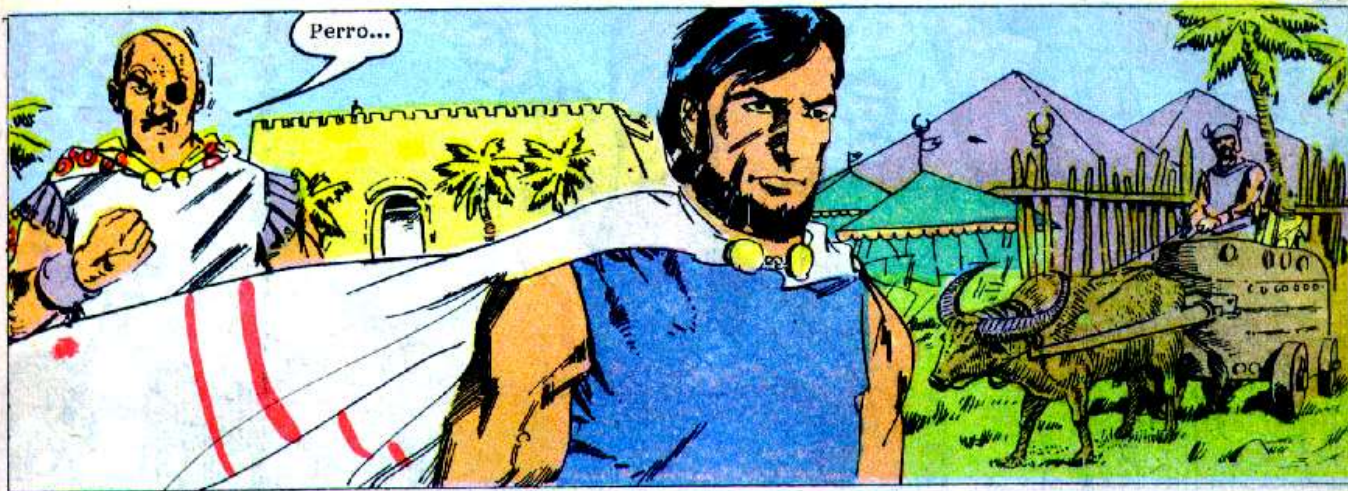
Gracias, pero lo hago solo y al pie de cualquier árbol.



Yo podría sentirme ofendido de tu desprecio, Nippur.

No te ofendas. Ese es un sentimiento de mujer o de cortesano, no de guerrero.





Perro...



Desafíalo a pelear, señor

¿Qué? ¿Estás loco?

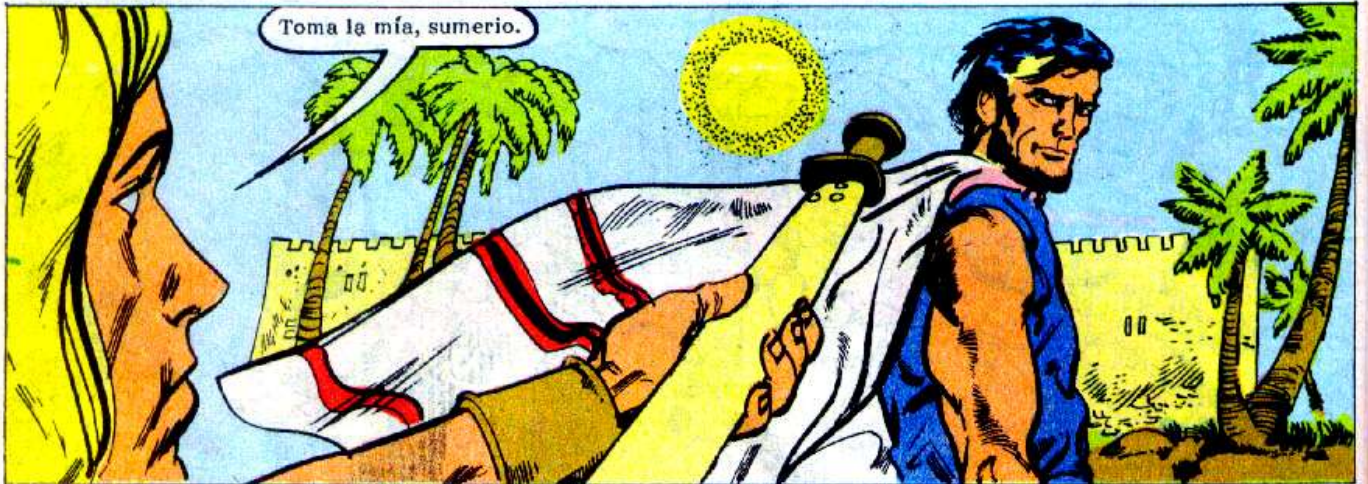


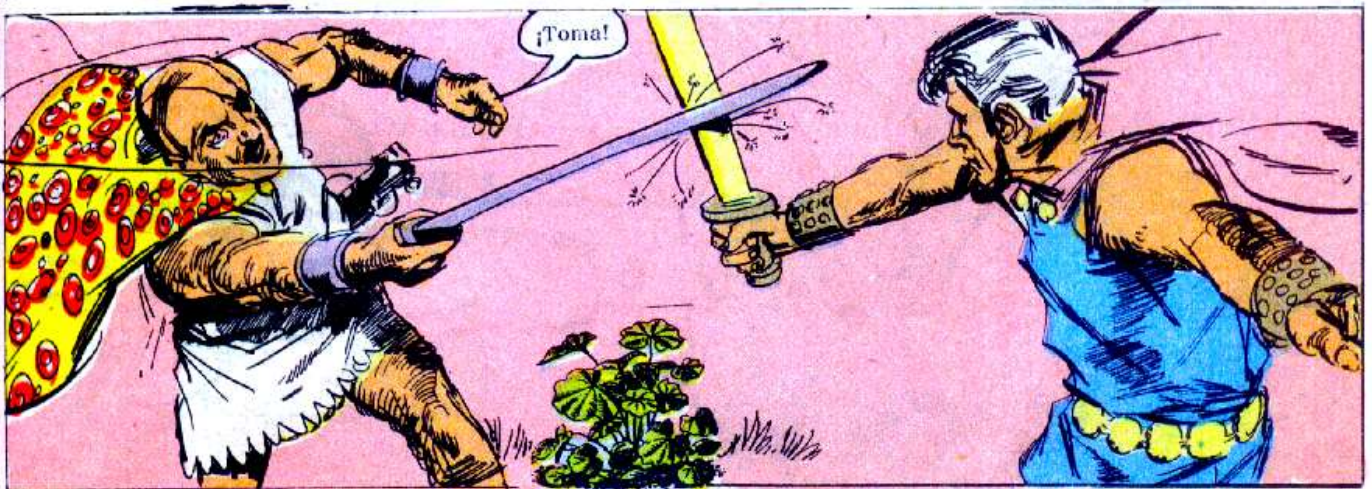
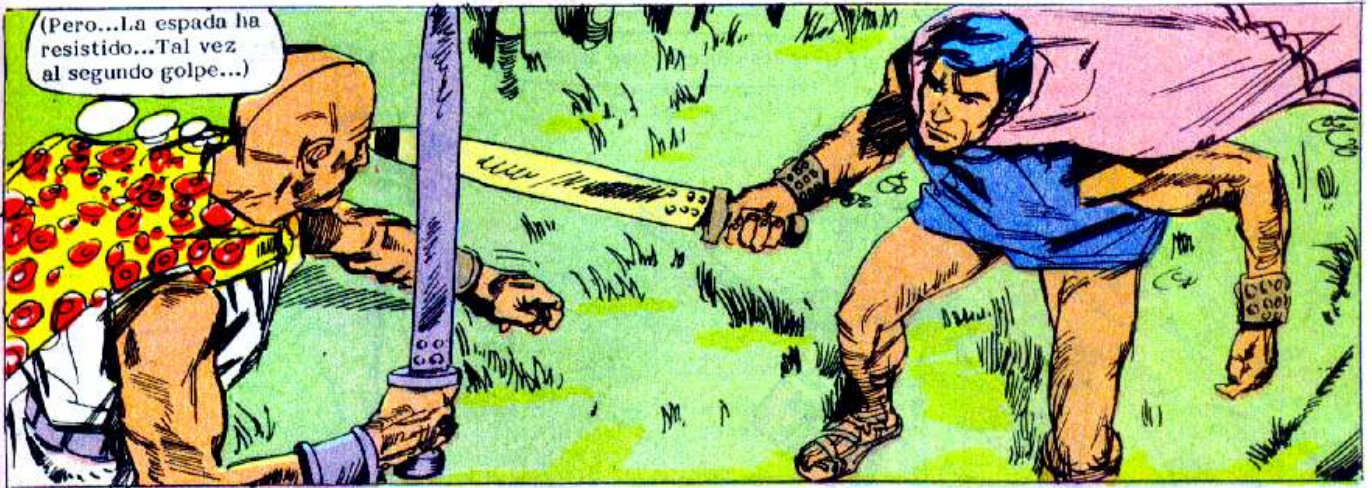
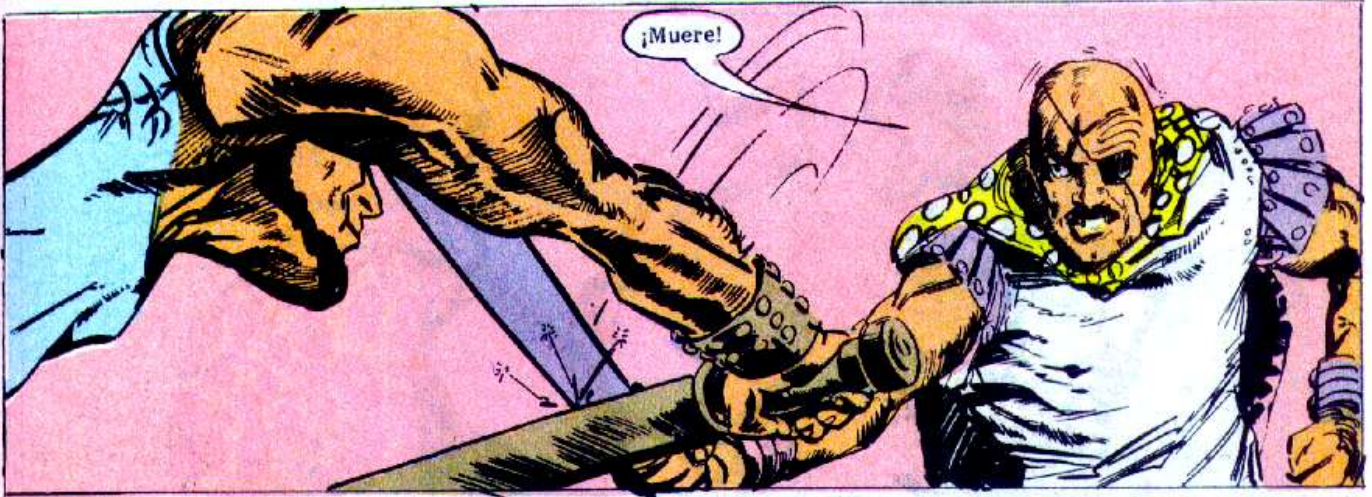
Comprendo.

No. Desafíalo. No tiene espada. Yo le daré la mía. Ha sido especialmente tallada. Se destrozará al primer golpe. Además tengo un negro oculto entre los árboles con una honda. Nadie verá la piedra. ¿Comprendes?

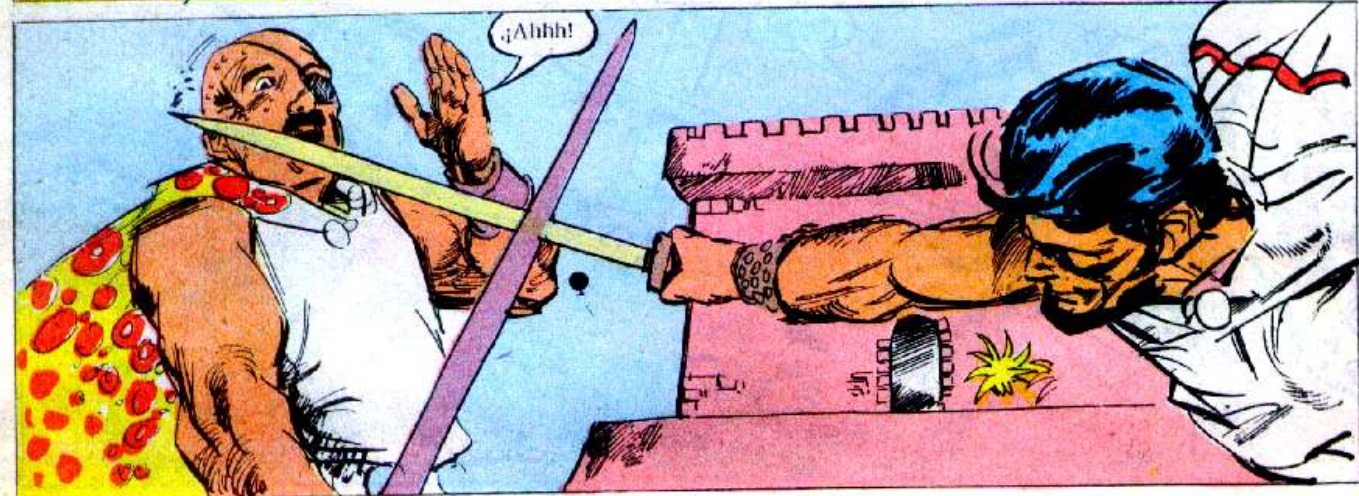
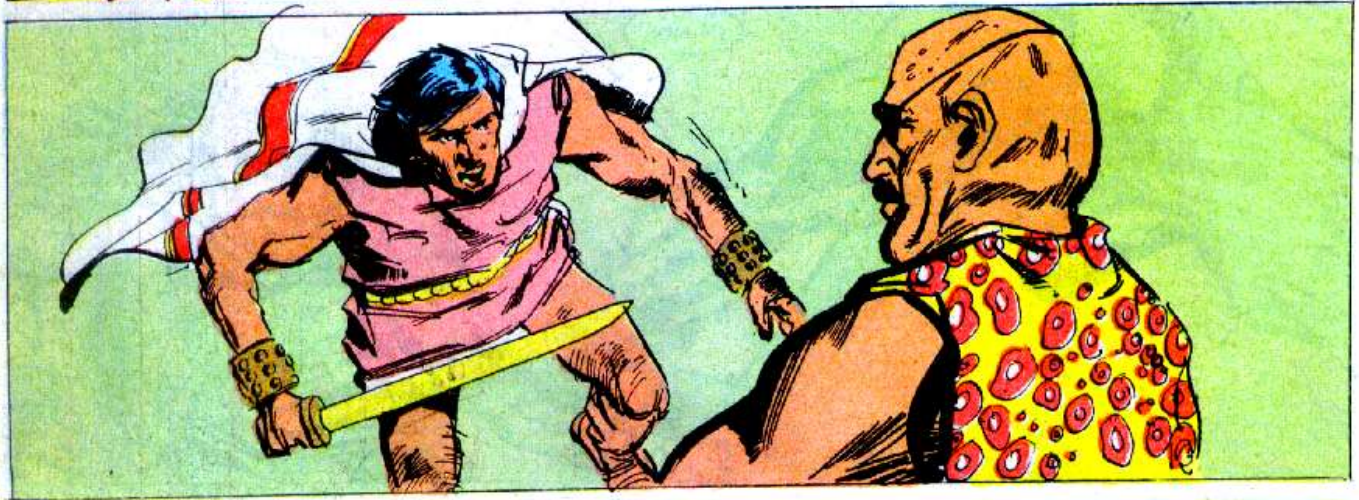
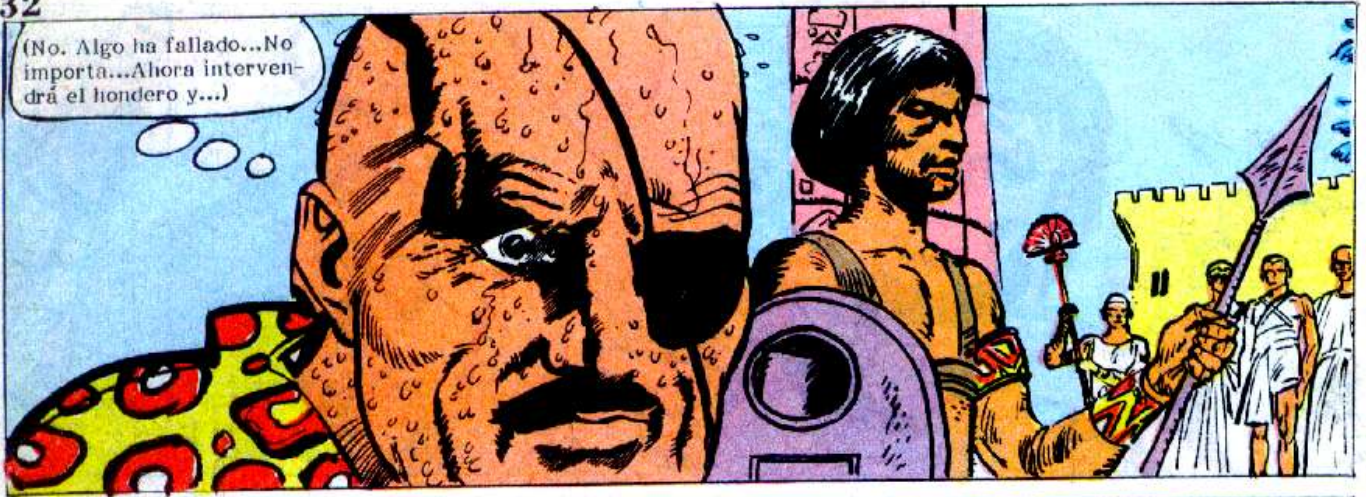


¡Nippur! ¡Perro! ¡Defiéndete!





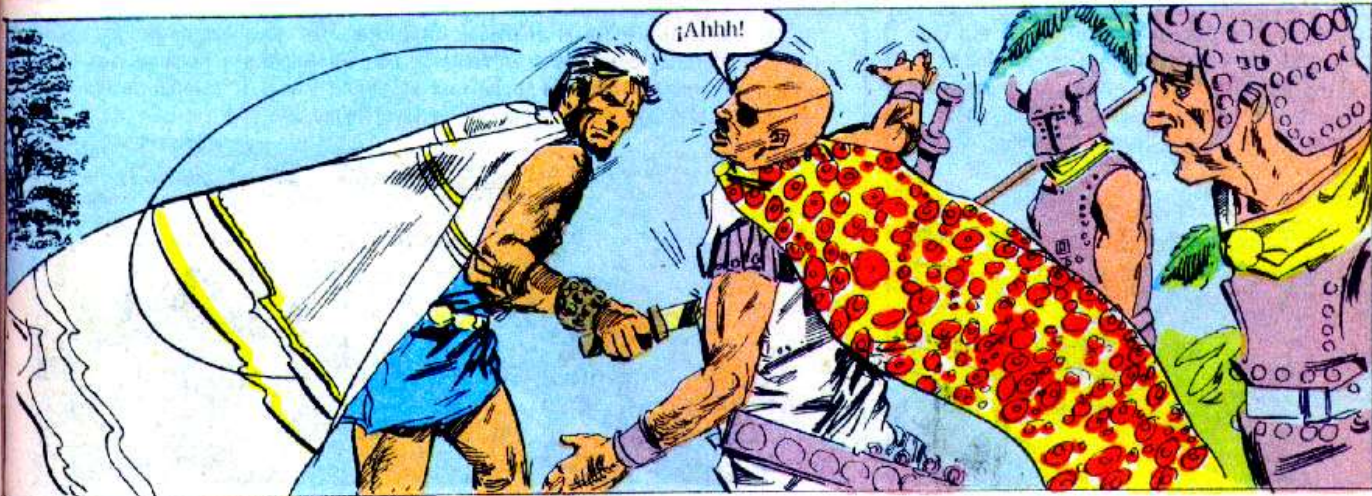
(No. Algo ha fallado...No importa...Ahora interviendra el hondonero y...)



(Alq
¿ve
Sie
y a
en
sól
de



¡Insmes! ¡Por amor de...!



¡Ahhh!



Se acabó.

Inermes sonríe dulcemente y se recuesta contra el  rbol. Una sombra aparece junto a él. Es Hinnannas, el sumo sacerdote. Ambos cruzan una mirada



Es mejor así. Ese bruto imbecil nos habría estorbado. Nunca habríamos tenido suficiente oro para mantenerlo contento.

V ete junto a Nippur, Inermes. Al ate a él. Gana su confianza como hiciste con Kurakhina. Tal vez tengamos que repetir esto mismo.



Tus deseos son los míos...y no olvides mi oro.

(Alguien te traicionó, verdad, Kurakhina? Siento odios, sospechas y ambiciones clavados en mí. El enemigo no es sólo el que está detras de las fronteras. Oh, no.)



Nippur...

 S ?



Ha comenzado,  verdad?



S . Ha comenzado. Y sólo los dioses saben c nde terminar .

Fin

NIPPUR DE LAGASH

INERMES

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Debajo mío, Tebas duerme envuelta en la bruma fresca y húmeda que se levanta del Nilo. De tanto en tanto el viento se lamenta quedadamente en las hojas de los papiros y de las palmeras. Ningún otro ruido se oye. Tebas duerme.

Sólo yo estoy desvelado y contemplo esa ciudad que no es la mía, cuya lengua me es extranjera a los oídos y que sin embargo en este momento está ligada a mí como pocas veces lo ha estado ciudad u hombre alguno.



De las fronteras llegará el enemigo, los hititas, las hormigas de bronce con sus ejércitos perfectos a enfrentarse con un Egipto sin hombres, sin armas, sin moral, donde la lucha más espantosa y más irracional se libra en la corte por algunas migajas de favoritismo.



(Ciegos. Tontos. Locos. ¿No comprenden que si el hitita llega a Tebas todo estará terminado? No toman en serio a ese enemigo implacable que viene. Egipto es tan antiguo que no creen que pueda desmoronarse... pero países tan viejos como Egipto son hoy polvo entre el polvo...)



¿Sueñas, Nippur?



Nunca se oyen los pasos de Inermes, el mercenario heleno. Como una sombra aparece en todas partes con su sonrisa de adolescente y su hermoso rostro de traidor. Sé que me espía aunque no sé quién es su jefe y sin embargo le tengo una cierta simpatía.



¿Me espías, Inermes?

¡Sí. Te miraba desde la oscuridad y pensaba cuán fácil para mí sería lanzarte un cuchillo. Soy muy rápido, ¿sabes?



No lo bastante para mí. Me bastaría un rumor para alertarme. Y nunca podrías lanzar un cuchillo sin algún ruido que te delate.

Tal vez sí, tal vez no. De todas maneras no tenía interés en hacerlo.



¿Por qué no?

Porque soy curioso, Nippur. He oído hablar tanto de ti que te espío continuamente tratando de saber cómo eres. Tal vez cuando lo sepa te mataré.



Sonrió. No. No me desagrada Inermes, este enemigo encantador, seductor y alegre, lleno de extraños pensamientos y cuya conducta no consigo clasificar.

Tengo vino. Ven a beber conmigo.

(Seguramente es Hinnannas, el sumo sacerdote quien paga a Inermes. Teme que mi influencia ante la reina sea demasiado grande.)

Bebo en la noche egipcia mirando a la ciudad que duerme y al río perezoso que se arrastra lentamente. Bebo con ese joven bello y esbelto que tal vez un día intentará asesinar-me sin odio.

Los dioses sean con nosotros, Inermes.

Los dioses y los demonios, Nippur.

En la mañana recorrí los cuarteles. Reina un terrible desorden y veo pilas de espadas enmohecidas... pero los soldados tienen vino en sus barracas aunque no agua para lavarse.

Durante todo el tiempo que dura mi recorrida siento ojos clavados en mí todo el tiempo. A veces descubro algún sacerdote que desaparece rápidamente.

(Hinnannas me vigila. El sumo sacerdote quiere saber lo que haré para saber al mismo tiempo lo que él debe hacer.)

(¿Y por qué no ir a verlo? Aborrezco los juegos de la intriga.)

¿Tú?

Los dioses sean contigo, Hinnannas.

Me sorprende verte por aquí. ¿Has venido a hablar con los dioses?

No. He venido a hablar con los hombres. Contigo.

Sé que me haces seguir. Sé lo que buscas y por ello he venido a verte.

No entiendo...

Deliras.

Hablas de preparar un ejército... ¿Qué ejército? No hay ninguno. No. No es con la guerra con la que se llegará a detener a los hititas.

¿Con qué lo harías tú, entonces?

Los de Hatti son pobres. Quieren oro.

Ah. Entiendo.

Entiendo. Tú crees que los frenarás ofreciéndoles los cuernos del becerro cuando con sólo un empujón ellos pueden tenerlo entero. Ellos también saben que no hay un ejército. ¿Para qué entonces pactar con un vencido?

-Los hititas no son tan terribles como tú quieres hacernos creer, Nippur. Tratas de exagerar su importancia.

¿Has visto alguna vez un pueblo tomado por los hititas, Hin-nannas?

No.

Me miró sombríamente. No. Nunca había visto uno, claro, pero recuerdos de historias atroces cruzaban por su cerebro como mariposas negras.

Mejor para tí. Y mejor para Egipto que esa ciudad, la primera que veas, no sea Tebas.



(Los dioses te dejen ciego.)



¡Ja, ja, ja! Deberías ver la expresión de tus ojos, sacerdote. Nadie dudaría de tus intenciones al verlos...

¿Eh?



¿Siempre acechando?

Es mi tarea, ¿no es así? Todos me pagan para espiar, acechar, asesinar. Yo soy el hombre de los rincones y las sombras. El hombre del veneno y del cuchillo.



Nippur es mi enemigo.

Todo hombre honesto lo es.



¿Cómo te atreves...?



Baja las manos, sacerdote. Yo me río de tus dioses y de tu vida. Puedo matarte aquí mismo simplemente porque me aburre tu estúpida charla.



Yo soy un asesino, un espía y muchas otras cosas... pero lo sé. No cierro mis ojos ni tapo mis oídos. Sé lo que soy. Tú eres de los que se mienten a sí mismos; hasta tal punto eres cobarde.



Dejemos esto. No es el momento de disputar entre nosotros. Hay cosas mucho más importantes que solucionar ahora.

Está bien.



¿Cuándo quieres que lo mate?

¿Cómo sabes...?



Hace mucho que estoy en mi oficio, sacerdote, y soy como esos campesinos que oyen la lluvia en los huesos, yo oigo llegar la sangre. ¿Cuándo?



Lo más pronto posible... pero que parezca un accidente. No quiero convertir a Nippur en una leyenda. Y si es posible, que sea una muerte ridícula. Algo que despierte risas. Una muerte que no cree un héroe.



Te menospreciaba, Hinnannas. Ahora leo en tu cerebro y veo que eres astuto. Muy. Muy astuto.

Te agradezco el elogio.



No me lo agradezcas, sacerdote. Tu astucia me alarma. ¿Por qué me dejarías vivir luego de terminar con Nippur? Sería tan fácil cerrar la única boca que sabe toda la verdad... Tan fácil.



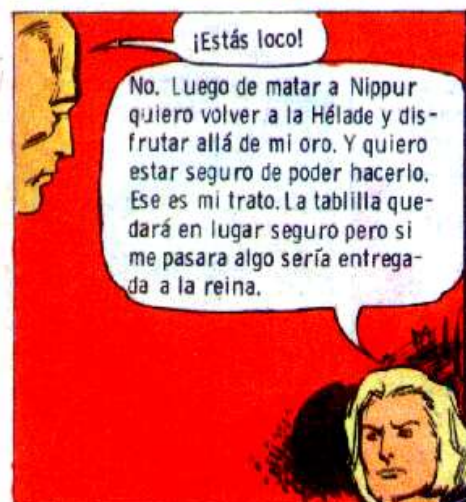
¿Qué ocurre? ¿Quieres más oro?

No. Quiero una tablilla con tu sello. Y un texto en ella.



¿Qué texto?

Tu orden de matar a Nippur.



¡Estás loco!

No. Luego de matar a Nippur quiero volver a la Hélade y disfrutar allá de mi oro. Y quiero estar seguro de poder hacerlo. Ese es mi trato. La tablilla quedará en lugar seguro pero si me pasara algo sería entregada a la reina.



¿Y si no acepto?

Preveniré a Nippur. Y sabiendo él todo lo que yo puedo decirle te exterminará.



No tengo opción. Los dioses...

Deja a los dioses dormir. Su sueño es de piedra. Déjalos.



Tendrás la tableta pronto.

Cuando la tenga mataré a Nippur.



Esa noche reuní a los generales de Nofretamon. La mayor parte no valía nada pero yo había escogido algunos jóvenes oficiales magros y de humilde cuna y los había llevado allí. También estaba la reina y el sumo sacerdote, Hinnannas.

¿Por qué traes hombres de baja estofa aquí, Nippur?



Porque tú estás gordo y pesado y serías incapaz de correr un tiro de lanza sin ahogarte en tu grasa mientras que ellos son duros y finos. Por ello. Y prepárate. A partir de hoy deberás hacer lo que tus soldados hagan. Vas a sufrir, general.



¡Te burlas! ¡MI dignidad...!

Habla con tu mujer de tu dignidad. Yo no me intereso en ella.



No voy a perder mi tiempo con palabras. Todos sabemos lo que se avecina. Mañana se proclamará la leva de todos los hombres en condiciones de llevar armas. Se los separará por edad. Los más viejos serán la guardia para las ciudades y los grupos de abastecimiento.



Antes debemos consagrar la guerra. Debe dedicarse siete días a los dioses y el templo de Amón debe recibir la décima parte de las provisiones...

No hay tiempo para los dioses y esta vez esa décima parte de las provisiones se usarán para los soldados. La necesitarán más ellos.



¡Herejía!



Deja de decir idioteces, sacerdote. Y prepárate a vaciar tus depósitos de trigo y de oro. Todo será necesario.

¿Qué...?



Se volvió hacia Nofretamon tartamudeando de ira.

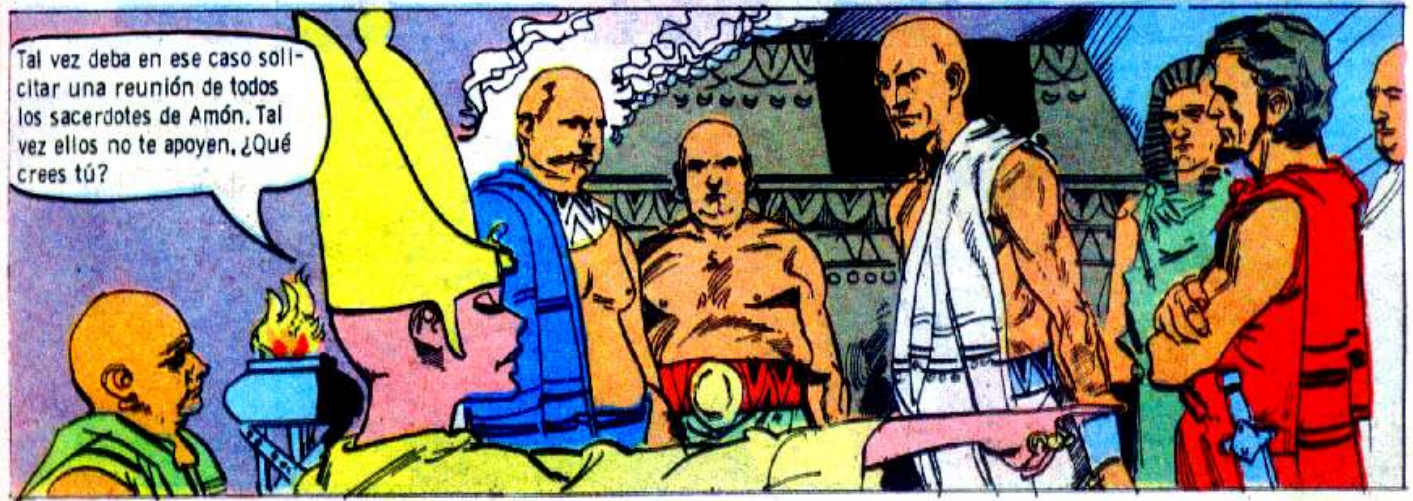
¡Señora, la maldición de los dioses caerá sobre Egipto si el tesoro de los dioses es tocado!



Hinnannas, para que los dioses de Egipto existan, Egipto debe existir, así que creo que por esta vez podremos prescindir de ciertas formalidades sagradas. Tú eres la cabeza del templo y puedes autorizarlo.



Pues no lo autorizaré. ¡Nunca!



Tal vez deba en ese caso solicitar una reunión de todos los sacerdotes de Amón. Tal vez ellos no te apoyen. ¿Qué crees tú?

Es fácil ver en el rostro crispado de Hinannas lo que piensa. ¡Qué oportunidad para los ambiciosos sería esa reunión! Piensa en los que lo odian (muchos) y en los que lo apoyarían (muy pocos). Piensa en esa sociedad cruel y codiciosa de los sacerdotes del dios Sol que parece tan fuerte y que él sabe tan vulnerable.

Mañana responderé. Esta noche debo orar.



¡Esta noche, Inermes! ¡No hay más tiempo! Aquí tienes la tableta. Mátalo de cualquier manera. Ya no importa.

De acuerdo.



Esa noche sentía un extraño malestar que me rondaba. La noche estaba eléctrica y ponzoñosa. Decidí salir a caminar...



(¿Será posible que ese ciego prefiera dejar hundir su país antes que permitir que toquen sus privilegios de oro y trigo.)



Pero... ¡Ah!



(Ya está. Nippur es mío.)



¿Quién...?



Yo, incorruptible. Tu muerte.

Inermes.



¿Así que ha llegado el momento?

Así es, incorruptible. Hoy, ahora te presentarás a los dioses.



¿Lo haces por oro, Inermes? Yo puedo...

No. No es sólo por oro, Nippur. No es sólo por ello.



Tú eres un reproche vi-
viente para mí, incorrupti-
ble. Tu honestidad, tu
pureza sangrienta, toda
tu persona me humilla. Tú
eres el hombre de todas
las razas. Yo soy el desca-
tado. Ante ti se apartan
los hombres. Ante mí
escupen.



Te he visto mirar a la Lu-
na y soñar perdido en ella.
Yo no sé soñar, incor-
ruptible. La noche es pa-
ra mí oscuridad y el día
una sucesión de tiempo.
De las flores sólo veo la
putrefacción y de las mu-
jeres sus manos exten-
didas. Te mataré porque
tú me dueles como una
herida.



Inermes, ¿tú has venido so-
lo?



Sí. ¿Por qué?

Porque hay alguien en los matorra-
les, detrás tuyo.



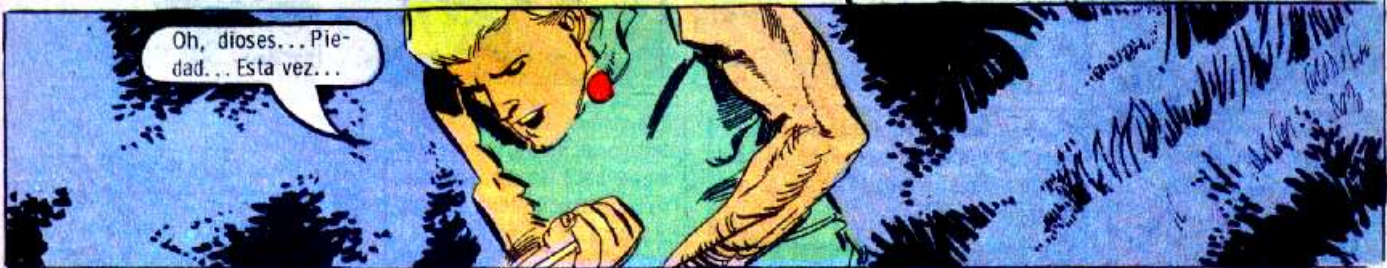
¿Qué?

Lo vieron darse vuel-
ta y comprendieron
que habían sido des-
cubiertos.



¡Ahhh!

Oh, dioses... Pie-
dad... Esta vez...



Desátame, Iner-
mes... o nos ma-
tarán.



Espera...



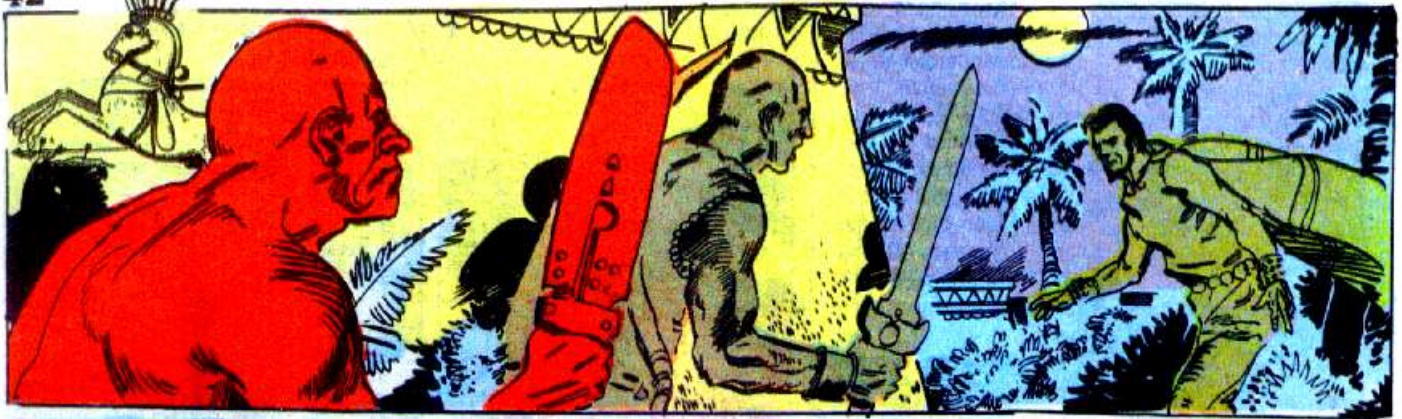
Ya...



¡Cuidado! ¡Allí
está uno!



¡Ahhh!



Por un instante quedó con la boca abierta. Luego lanzó una feroz carcajada.



¡El bastardo! Se burló de mí... y de una manera tan infantil!



Nippur... esta flecha... No sobreviviré, ¿verdad?



No, Inermes.



Se puso de pie fatigosamente tratando de respirar lentamente. Me miró por un instante, pálido y lejano bajo el cielo tormentoso.

Adiós, incorruptible.



Adiós.



¿Tú?



La lluvia ha llegado... Una lluvia roja para ti, Hinnannas.



Yo soy la lluvia... y esto es mi rayo...



¡Noooo!



De pie bajo la lluvia, yo no me movía. Imaginaba cosas y viejos horrores se removían en la oscuridad. Tuve un estremecimiento.

(Es hora de volver al palacio. Nofretamon estará intranquila.)



(Mañana la lluvia habrá terminado... y comenzaremos otro día.)

Fin

NIPPUR DE LAGASH

LOS HOMBRES DE FUEGO

Por **ROBIN WOOD**

Sendero arriba, sin cesar, bajo el sol que se mece en el cielo azul, pesado, agorero, como un buitre de fuego. Un horizonte de calor se alarga sin fin ante mí. Mi caballo suda a mares y yo también y ambos avanzamos entontecidos por ese fuego atroz.

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**

Marcho solo, pese a las advertencias de los cortesanos y los oficiales de Tebas y toda mi protección consiste en mi espada, en mi arco y en mí mismo. Hace dos días abandoné la ciudad, dejándola enfrecida, formando sus ejércitos para la guerra cercana.

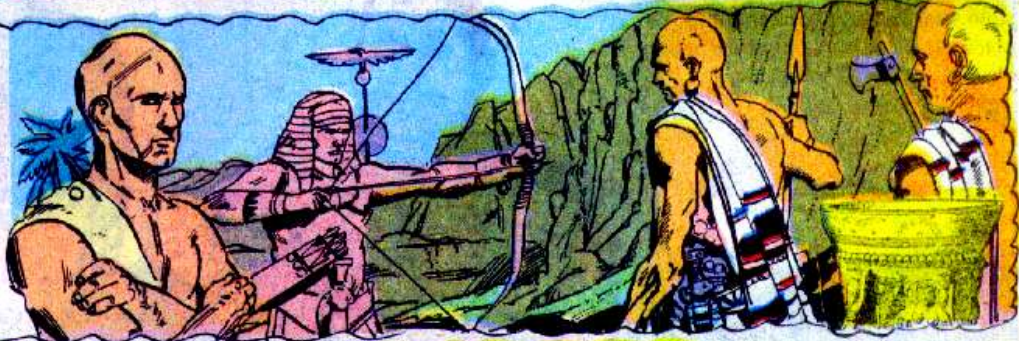
(Pero sus ejércitos no serán bastantes. Necesitamos aliados.)

(Necesitamos a los hombres de fuego.)

Por ello voy solo. Todos saben que en el pedregoso país de los Anaham, los hombres de fuego, ir en grupo es un peligro. Los Anaham atacan a todo grupo de guerreros que ven pues todo guerrero es su enemigo. No molestan a los simples viajeros e incluso los protegen mientras cruzan sus tierras...



Hace ya muchos años que un sacerdote de Amón, harto de la corrupción y de la perniciosa vida de las ciudades se retiró a las montañas a vivir allí en la soledad y en la pureza. Varios fieles lo siguieron. Para subsistir aprendieron a manejar armas...



Practicaban con ellas todo el día sólo deteniéndose para orar. Así se convirtieron en temibles y extraños guerreros que limpiaron las montañas de bandidos e indeseables.



El eco de su fama y la posibilidad de vivir a salvo de los ataques de bandidos o soldados fue atrayendo a campesinos, esclavos fugitivos, vagabundos, que llegaban a paso lento y sufrido hasta esas montañas tan cercanas al cielo...

(Y ahora los Anaham son miles, viviendo en sus picos de piedra, orgullosos, duros, valerosos. Desprecian al mundo, a los débiles, a los corruptos. Ellos son puros y valientes. Han creado un pueblo allá en lo alto que tiene más de águila que de hombre.)

(Y yo intentaré convencer a esos hombres que defiendan al Egipto, ese cadáver maloliente. Pediré que defiendan a sus sacerdotes corrompidos, a su corte de serviles y rateros, a su pueblo que preferiría entregar el país a los hititas antes de luchar por él. Les ofreceré el oro que ellos desprecian.)



(¡Y debo intentarlo! ¡Salvaré a Egipto incluso si Egipto no quiere salvarse! ¡Los azotaré hasta que recobren su orgullo! ¡Los obligaré a odiarme y lanzaré ese odio sobre los hititas como el que arroja una antorcha! ¡Lo haré!)

(Un momento...)

(¡Jinetes que se acercan...)

Se detuvieron ante mí. Eran tres. Un anciano de ojos crueles y astutos que me saludó con cortesía.

Los dioses sean contigo.

Y dos jóvenes corpulentos y armados. Uno enorme y brutal, con ojillos de cerdo perdidos en su cara correosa y el otro sonriente y afable...

Veo que tus caballos y tus arreos son egipcios. ¿Eres egipcio?

No. Soy sumerio.

Yo también había reconocido sus arreos, su manera de cabalgar y sus corvas narices. Eran hititas. Como al descuido apoyé mi mano en el pomo de la espada.

¿Sumerio? ¿Y vienes de Egipto?

Me estudió cautelosamente. Su cerebro debía estar recordando muchas cosas que oyerá. De pronto...

¿Eres Nippur?

Ese soy yo.

Esperé el ataque. Los hititas conocen muy bien mi nombre y saben que deben acabar conmigo. El anciano me miraba golpeándose los labios con un dedo. Luego...



Y dime, Nippur, ¿vas a tierra de los Anaham?

Allí voy, en efecto.

—Mi nombre es Akh, el viejo, y estos dos que ves aquí son mi protección. Hemos sido enviados por nuestro señor de Hatti para hablar con los Anaham... y dado que ambos vamos en la misma dirección y por el mismo motivo, según creo, ¿por qué no hacer el viaje juntos?

¿Por qué no? Siempre y cuando no intentes tonterías, Akh el viejo: amo mi pellejo.

Te doy mi palabra. Puedes confiar en ella.

Confiaré en tu palabra, Akh, pero tendré mi espada a mano todo el tiempo. No lo olvides.

No lo olvidaré.



¿Vas a buscar la alianza de los Anaham, Nippur?

Así es, Akh. Esperamos que tu gente comience a atravesar las fronteras en cualquier momento. La guerra está declarada y yo busco aliados para luchar.



¿Crees que podrás detenernos, Nippur?



Lo miré por encima de las llamas del fuego. Las luces y las sombras borrraban edades y los tres rostros parecían curiosamente iguales con sus curvas narices de aves de rapiña y sus hombros poderosos. Los hititas son una raza fuerte.



No voy a detenerte, Akh. Voy a destruir tus ejércitos y llevaré mis hombros con antorchas hasta Hatti.

¿Tú sólo harás eso, Nippur? Egipto es débil, viejo y corrompido.



Yo endureceré a Egipto y los rejuveneceré. Alzaré mares de hombres contra vosotros y convertiré cada piedra de Egipto en una lanza, cada matorral en una emboscada, cada hombre o mujer en una fortaleza.



Los dos jóvenes guerreros cambiaron una mirada burlesca pero Akh me contempló sombríamente. Por fin murmuró...

Qué peligroso eres. Te creía un bruto talentoso, Nippur. Un guerrero afortunado... pero eres mucho más que eso. Eres un hombre puro. Eres un hombre justo. Eres uno de aquellos que marcan su paso por los países con una huella de fuego y de sal.



Un hombre solo no puede cambiar el curso de la historia, sumerio.

¿No? Pregúntale a Akh el viejo. El es anciano y sabio y él te dirá que son los hombres los que hacen la historia. Y los que cambian su curso.



Durmamos. Mañana estaremos en tierra de los Anaham.



En la mañana entramos en el valle de piedra. Todo parecía desierto pero a nuestro alrededor se veían sembrados colgados de las laderas de la montaña, manadas de cabras, riachos canalizados.

¿Dónde están?



Entre las rocas, muchacho. Lo mejor que podemos hacer es dejar nuestras armas aquí.



Buena idea. Me cosquillea la nuca cuando pienso en las flechas de punta de piedra de los Anaham.



Arrojamos espadas y lanzas allí mismo y luego buscamos un camino entre las rocas para subir a lo alto, hacia la guarida de los hombres de fuego.



Aquí está el sendero.



El viento comenzó a silbar a medida que subíamos hacia el cielo, entre los inmensos farallones rocosos y las troneras de piedras que se perdían en las nubes.

Comienza a hacer frío.



Allí hay algunos que no lo sienten, así que alégrate.



Allí hay un hombre.



Estaba de pie sobre una roca a un costado del camino, delgado y vestido con pieles y ropas negras, y apoyado en su lanza parecía soñar mirando las inmensas montañas grises y al mundo inacabable de las nubes que parecían al alcance de la mano. Ni nos miró...



Al menos podría preguntar quiénes somos...



¿Crees que no lo sabe? Todo este país que has atravesado en la última semana pertenece a los hombres de fuego. Y ellos lo saben todo.



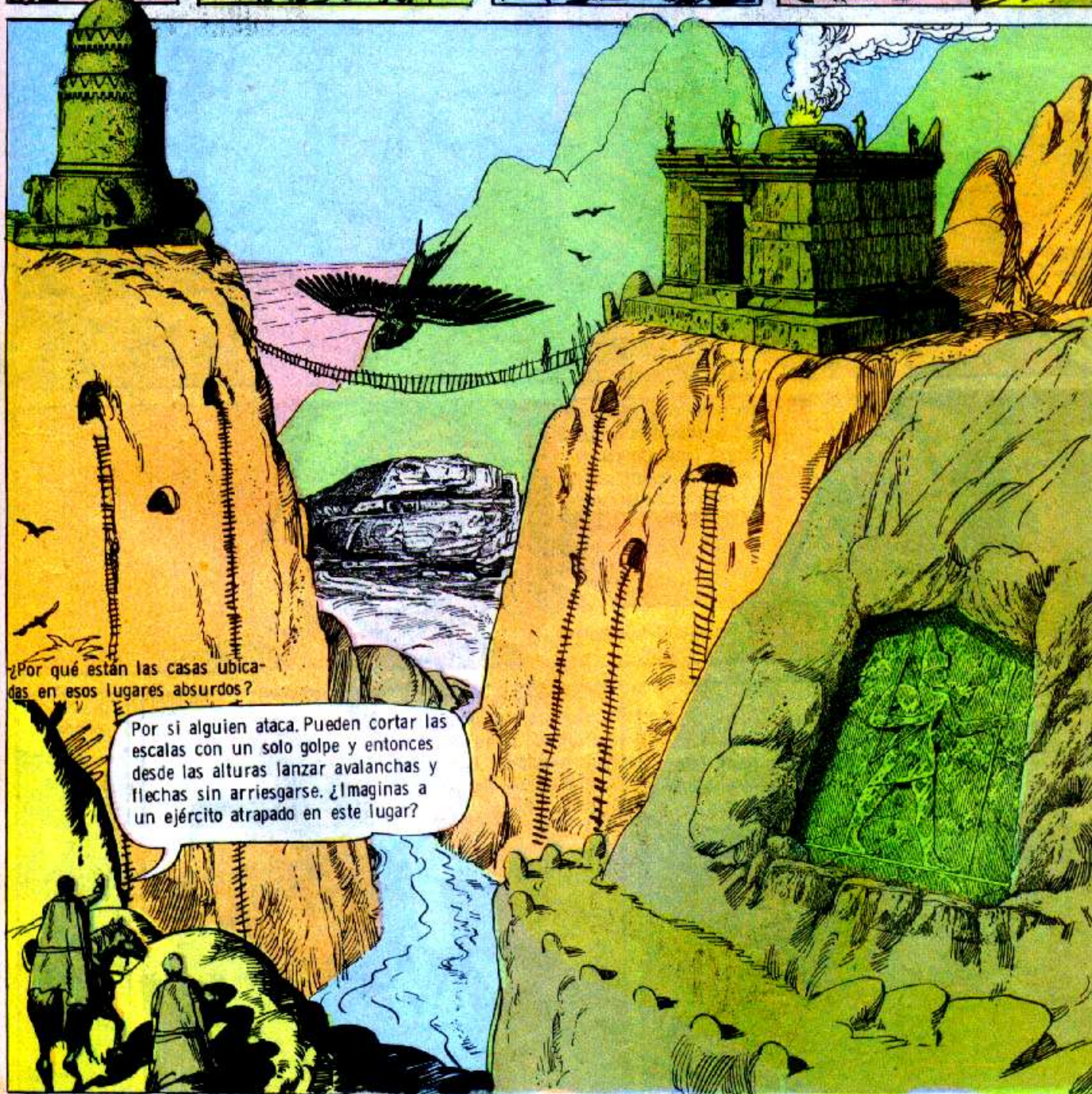
¿Quién es el jefe de los Anaham?

El viejo sacerdote murió hace más de veinte años. Ahora el jefe es Manam, quien era su discípulo predilecto. Todo el fanatismo de aquel demente parece haberse transmitido a éste.



Y de pronto el pueblo de los Anaham estuvo ante nosotros. Un valle cóncavo, con casas de piedra en las laderas, escaleras de cuerdas y enormes rocas en los puntos superiores.

Por los dioses...



¿Por qué están las casas ubicadas en esos lugares absurdos?

Por si alguien ataca. Pueden cortar las escalas con un solo golpe y entonces desde las alturas lanzar avalanchas y flechas sin arriesgarse. ¿Imaginas a un ejército atrapado en este lugar?

Lo imaginó y se rascó la nuca nerviosamente.

¿Y el jefe? ¿Dónde está?



Me aparté de ellos y bajé del caballo. Había visto a un anciano sentado cerca de una roca, mirando a las montañas. Tuve un presentimiento.



Me acerqué...



Los dioses te bendigan, Manam.



Me miró un instante con sus feroces ojos azules y sonrió. Tenía un rostro macilento y sus cabellos le caían hacia la espada.

Los dioses te bendigan, Nippur.



Me ref...

Veo que ya lo sabes todo.

Todo. Sé por qué vienes. Mis oídos llegan hasta Tebas y durante todo el viaje mis hombres te han vigilado. Quería que llegaras hasta aquí sin riesgos.



Tus compañeros hititas no hubieran tenido ninguna oportunidad si hubieran intentado matarte. Han tenido continuamente flechas centradas en ellos.

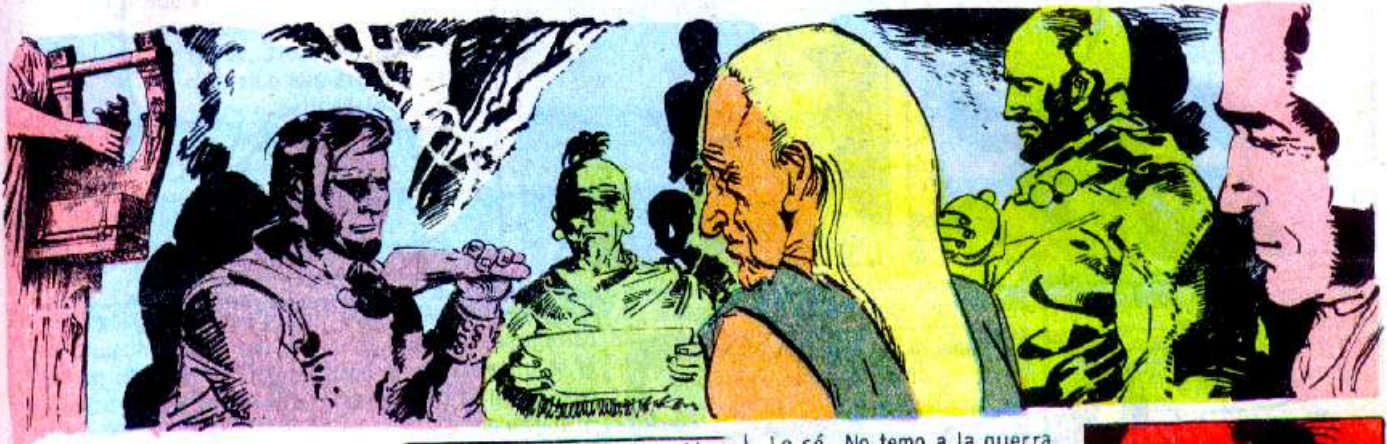
¿Por qué?



Quería conocerte.



Esa noche comimos en el centro del valle alrededor de una inmensa hoguera mientras desde las rocas, los Anaham nos miraban sentados frente a sus nidos de piedra, alumbrados por antorchas. De cuando en cuando uno de ellos corría por entre las rocas sin un solo ruido. Las llamas se reflejaban en la lámina de una espada o en la moharra de una lanza.



¿Así que has venido a inducirme a que luche, Nippur? ¿Y tú también, hitita?

Nadie te induce, Manam. Llega la guerra y no podrás estar al margen de ella. Tú país se encuentra en una posición clave. Por fuerza los ejércitos cruzarán por aquí. Tendrás que ser amigo o enemigo sin remedio.

Lo sé. No temo a la guerra. Los hombres fuertes saben luchar y la muerte es para ellos apenas un paso que los separa del otro mundo aún mejor que éste. La guerra es buena pues curte y endurece. Los débiles mueren y el fuerte sobrevive.



Sólo hay un problema. ¿Contra quién lucharé?

Nos miró con sus ojos sarcásticos y sabios. No había ninguna piedad en el viejo jefe. El fuego apasionado de su fanatismo lo había devorado hasta los huesos y sólo había dejado en él su fe, cruda y despiadada, y el amor a su gente.

Mis hombres viven con un puñado de dátiles y un odre de agua. Luchan por fe y son puros y limpios. Son como águilas en sus montañas.



—Los egipcios son corrompidos y mercenarios. Necesitan vino y carne y se ahogan en su grasa al correr. Pelean sólo por oro y su cobardía les golpea los talones como el rabo a un perro.



Tú eres distinto, Nippur...pero tú eres puro y vives de las estrellas. Tú eres como yo. Como los hombres de fuego que me rodean. ¿Por qué defiendes a los que son carroña?



Mi señor de Hatti te daría todo el país que ocupas y te haría rey.



Manam lanzó una carcajada y todos los que le rodeaban lo imitaron golpeándose el muslo derecho.

Sabio es tu rey, hitita, ya que que me dá lo que es mío y lo que nunca podría quitarme. ¿Y para qué quiero yo coronas? ¡Bah!



Mi señor de Hatti pone en tus manos lo que pidas.

¿Lo que pida?



Sonrió burlescamente...

Dame la paz del corazón, hitita. Es lo único que pido. ¿Puedes dármela?



No, sacerdote. Sólo puedo darte cosas palpables. Esto es un mercado. No busques agua en las piedras ni flores en el arenal ni tu conciencia en un regateo.

Hmmm. También eres sabio, hitita.



Aún no has hablado, Nippur. No has hecho ninguna oferta por mi gente. No me has ofrecido ni oro ni coronas ni alguna otra cosa cómica como ésa. ¿Por qué?



¿Has estado alguna vez a orillas del Nilo, Manam?

Lo sabes bien. Nací en Tebas...



¿Y has oído a las muchachas cantar mientras lavan su ropa? ¿Y los niños que chillan mientras se arrojan bolas de fango? ¿Y los pescadores que regatean sus peces con las mujeres que quieren un precio menor o que tal vez discuten por placer? ¿Recuerdas el olor de la leña, de la fritura? ¿Recuerdas el viento en los papiros y las palmeras?





Recuerdo. Continúa.

¿Has visto el país de Hatti? Es polvoriento, reseco y gris. Sus ciudades de piedra, frías y silenciosas. No he oído en sus calles cantos de niños ni risas. He visto rostros pétreos y crueles y armaduras y espadas en todas partes. El viento sólo sopla. No hay nada en él y a lo largo de los caminos se ven estacas con esqueletos viejos aún encadenados a ellas.



-Los hititas pueden tomar Tebas. Entonces engordarán pues serán ricos y se ablandarán. Los hititas son duros porque son pobres. Y son bravos y fuertes y valientes porque un soldado debe serlo. Nada más. Son soldados desde que nacen y no tienen nada que perder. Por eso son valientes.



Yo llevaré a la guerra a hombres de paz, hombres que temen morir, que tienen mucho que perder. Yo iré con ellos porque son humanos, frágiles, porque aún ríen y porque en su imperfección son para mí más caros a mi corazón que esa horda fría y asesina.

Yo sólo puedo ofrecerte el viento en las palmeras, los papiros del río, la risa de las mujeres y los niños, el zumbido de las abejas, el hedor, el estrépito y el nombre de tu ciudad para que luches por ella.



Un silencio total descendió sobre el valle. Todos los hombres miraron los fuegos de las montañas y las lluvias de chispas que a veces arrastraba el viento. Fue uno de ellos el que repitió el nombre con nostalgia irreprimible.



Tebas...

Es curioso que mi corazón se encoja ante ese nombre... Tebas... Tebas... Tebas...



Akh miró a su alrededor. Una mágica atmósfera parecía titilar en la noche y los hombres del fuego soñaban en sus mantos negros. Hizo un gesto distraído con la mano.



Esa noche desperté sobresaltado...

¿Quién...?



No te muevas, Nippur. Ni un rumor o eres muerto.

Se movieron con una elasticidad y silencio anodantes. Me ataron y rápidamente me llevaron a una de las casa de piedra.



Un hombre de manto negro estaba de pie allí. Lo reconocí. Lo había visto junto a Manam. Akh siguió mi mirada. "Ah, sí. Este es Unukh," dijo, "un hitita. Hace ya once años que lo cosí a fatigazos, y lo envié aquí. Habla muy bien el egipcio y entró a formar parte de los Anaham. Hoy en día es muy apreciado... pero sigue siendo hitita."

¿Te preguntas qué he planeado? Es muy sencillo, Nippur. Creo que has ganado la partida. Creo que Manam ha caído en tus manos. De manera que debo buscar otra solución. ¿Sabes? He filtrado gente como Unukh en todas partes. Nunca sabes cuándo necesitarás a alguien... y dónde...



Esta noche, Manam morirá, Nippur. Lo hallarán apuñalado y Unukh te matará en el momento de descubrirte asesinando. Tal vez resulte bien y los hombres de fuego clamen venganza. Unukh los arengará. Tal vez resulte. De todas maneras debo intentarlo, pues creo que todo está perdido.



Por ahora quedarás aquí... Mis hombres y Unukh irán a buscar a Manam y terminarán con él. En cierto modo cumpliré su deseo. Le daré la paz del corazón a cambio de su alianza.



Quedamos solos. La mordaza me hacía sangrar la boca y una rabia terrible me estremecía como un afiebrado.

Veo que te has encolerizado. No importa. Es corto el tiempo que te queda, Nippur. No lo malgastes.



¿Sabes una cosa? Tienes razón cuando hablas de nuestra obligada frugalidad. Todos los oficiales de mi país sueñan con oro, palacios y mujeres, con todo aquello que tendrán al to mar Tebas. Lucharán como demonios porque así huirán de la pobreza y del desierto.



Y no estando tú allí, ¿quién acaudillará esos mares de hombres de quien hablaste?



(Eso es lo que me pregunto ¿quién?)



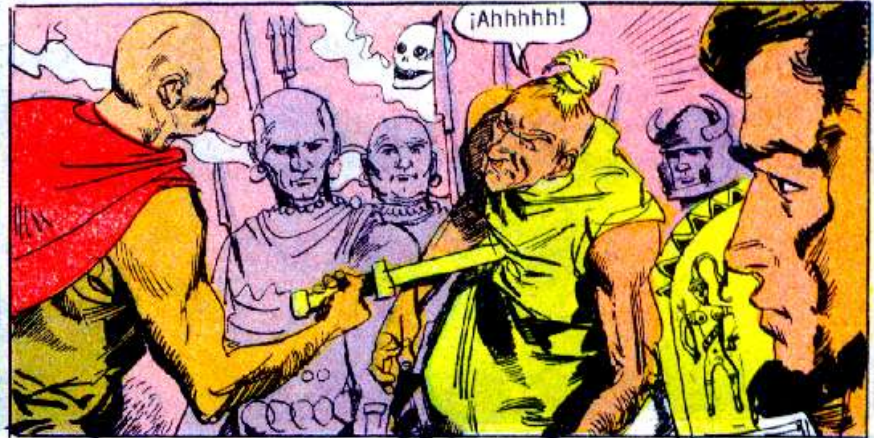
Todo está listo, señor. Vamos.



Vamos.







El anciano se acercó lentamente. Sus cabellos flotaban al viento y las antorchas se movían como ríos de estrellas...

¿Por qué lo mataste?

Para salvarlo de la tortura. Tú lo hubieras hecho torturar y quise hacer algo por aquellos que fueron míos una vez.



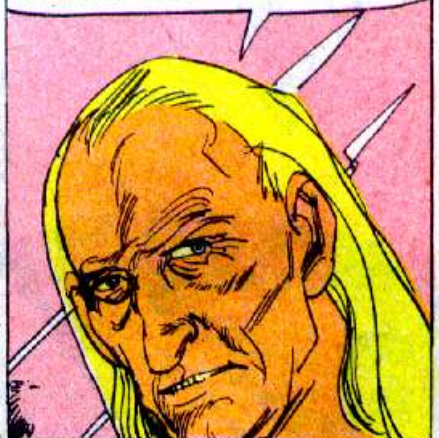
Once años son muchos, Nippur. Unukh se casó con una de mis hijas y tiene ahora un niño que lleva mi nombre. Ha comido, ha bebido, ha luchado, ha soñado en nuestras montañas. Un día fue junto a mí, se arrojó a mis pies y me dijo la verdad. Lo perdoné y le ordené que siguiera en contacto con los hititas. Es bueno tener dos anzuelos.



Nippur, hay algo más que oí esta noche en el viento... Oí algo... algo más. Oí el viento entre las hojas del papiro y entre las hojas de la palmera... Oí el viento cuando riza las aguas del Nilo...



Vuelve a Tebas, Nippur. Cuando necesites a los hombres del fuego haz colgar una bandera roja frente al palacio. Yo lo sabré de inmediato e iré.



No podía distinguir la multitud que me rodeaba, sólo veía los infinitos anillos de antorchas chisporroteando y el rostro blanco por la luna de Manam... y de pronto alguien gritó su nombre y el mío y todas las antorchas se alzaron. Otro lo repitió y poco a poco el grito se hizo bramido, repetido, ensordecedor mientras los fuegos subían y bajaban...



En lo alto de las montañas, las águilas se despertaron en sus rocas cuando ese trueno inmenso y sordo voló hacia ellas. Los hombres de fuego hacían temblar el cielo negro, la tierra, los dioses, todo...



NIPPUR DE LAGASH

EL ÁGUILA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA



Hoy ha sido mi vigésimo día viviendo entre los hombres del fuego...



Los hombres del fuego... Cuánto me ha fascinado esta agreste secta de guerreros hieráticos que viven encaramados en sus montañas, protegidos por senderos inaccesibles, guerreros terribles como son todos aquellos que hacen de la guerra una religión.

Como ellos me he levantado cada mañana antes que saliera el sol y me he arrodillado en la roca helada, junto a ellos, en un silencio infinito y majestuoso.



Como ellos he aguardado sin una palabra, sin un movimiento sintiendo el viento frío sobre mi piel y las inmensas montañas a mi alrededor, imaginando el sueño de las águilas en las alturas, maravillándome de la paz sublime del momento...



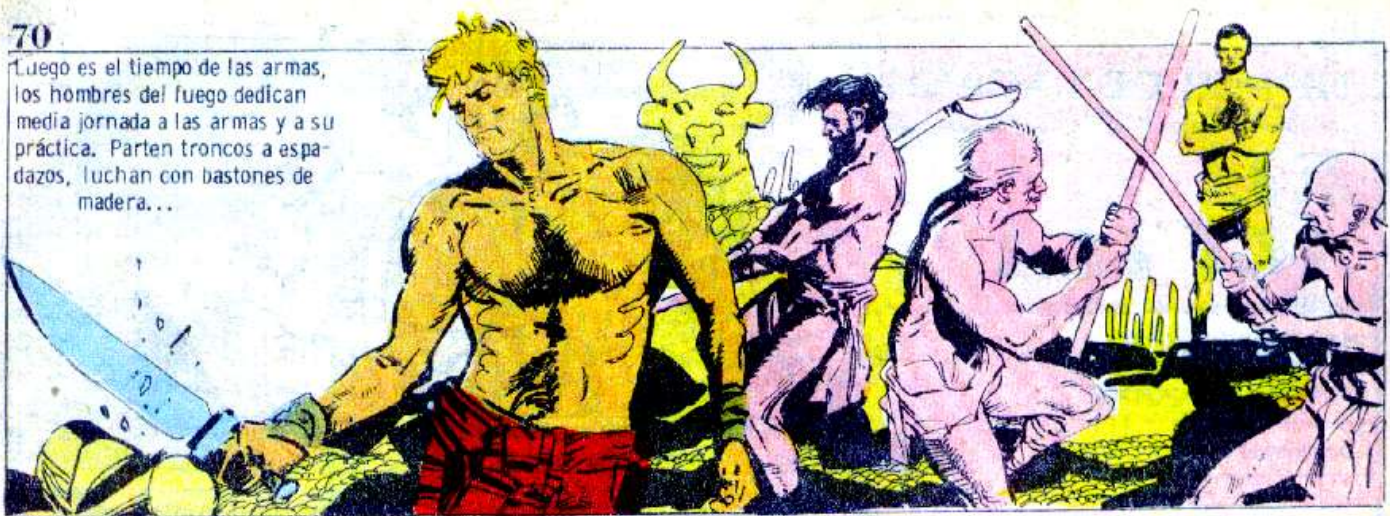
Como ellos he aguardado que el sol se elevara como una bola de fuego por sobre el horizonte...



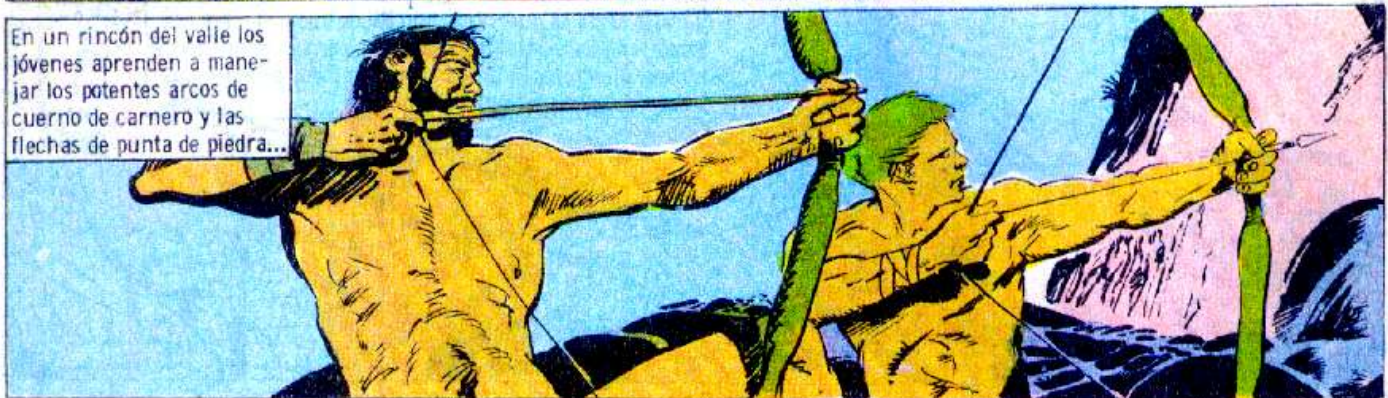
...y como ellos y sin mentir he alzado mi brazo derecho y he lanzado un grito tremendo, un saludo jubiloso al día que nace, al calor que llega, a la vida que se repite...



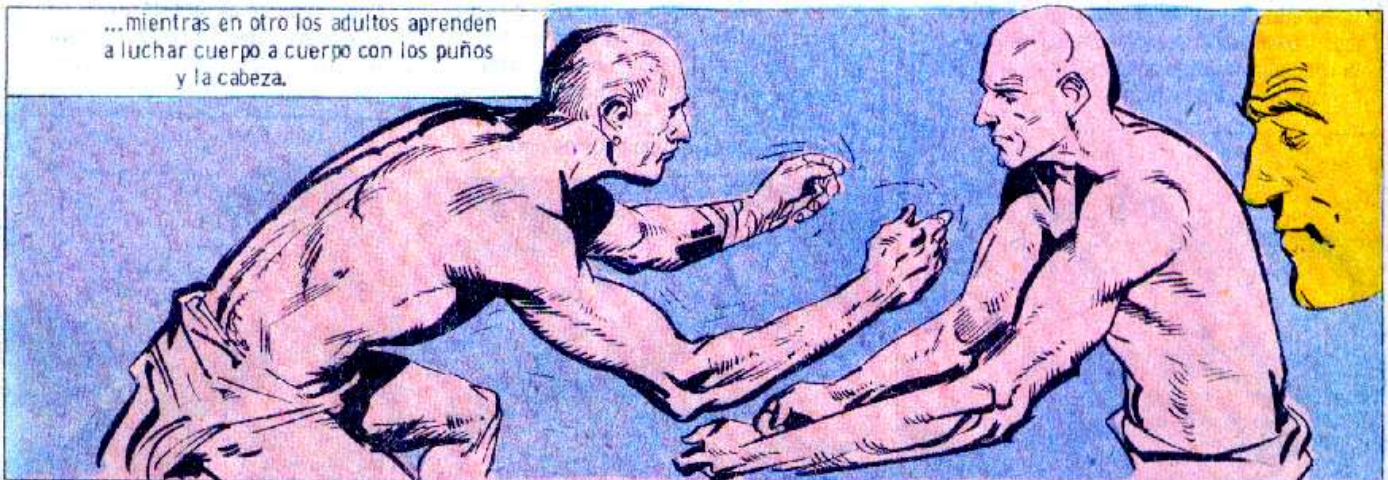
Luego es el tiempo de las armas, los hombres del fuego dedican media jornada a las armas y a su práctica. Parten troncos a espadaños, luchan con bastones de madera...



En un rincón del valle los jóvenes aprenden a manejar los potentes arcos de cuerno de carnero y las flechas de punta de piedra...



...mientras en otro los adultos aprenden a luchar cuerpo a cuerpo con los puños y la cabeza.



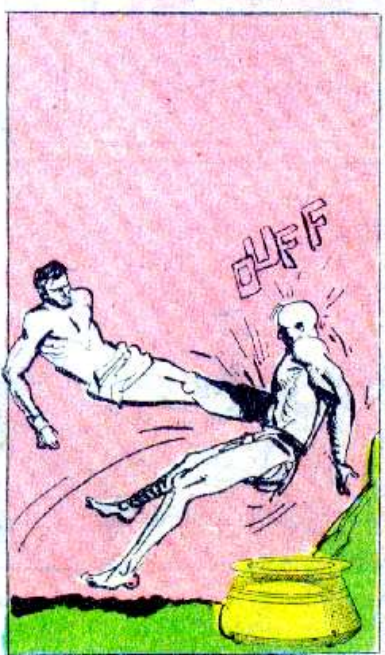
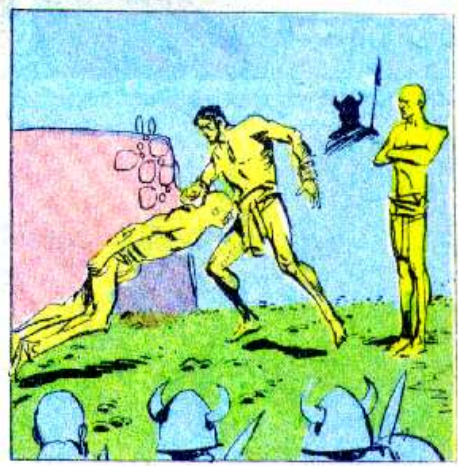


¡Arriba, Nippur! Tienes que aprender nuestro estilo de combate. Tenemos mucho para enseñarte...

Tal vez yo pueda enseñarte algo también...



Veamos...



¿Te ha gustado? Recuérdalo pues es un golpe de lucha hitita.

Espero que los hititas tengan pies más pequeños que los tuyos.



Manam, el anciano, el jefe de los hombres del fuego, se acercó a mí mientras me lavaba en el agua helada del arroyo junto a los luchadores.



¿Disfrutas, Nippur?





Si llegas a Tebas sin novedad guárdalo contigo. Si lo dejas volar sin quitarle la cadena no se alejará de ti. Si viene sabremos que estás en apuros y lo seguiremos.

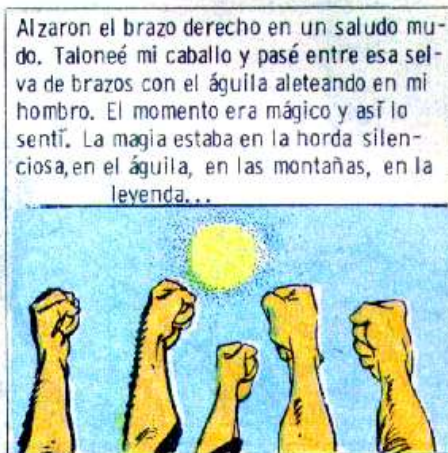


Gracias, Manam. Gracias, padre.



Y al día siguiente, tras el saludo al sol monté en mi caballo y me volví a la silenciosa multitud que me contemplaba.

Adiós, hermanos. Nos veremos pronto.



Alzaron el brazo derecho en un saludo mudo. Taloneé mi caballo y pasé entre esa selva de brazos con el águila aleteando en mi hombro. El momento era mágico y así lo sentí. La magia estaba en la horda silenciosa, en el águila, en las montañas, en la leyenda...



Manam estaba a la salida del valle sobre una roca. No me dijo una palabra. Con los cabellos volando en el viento repitió el saludo.



Yo le contesté simplemente. El tenía razón. Eramos de la misma raza.



El desierto me aguardaba abajo. El calor de horno y la ruta a Egipto. El retorno a la cálida corrupción luego de la pureza helada.



Durante mi cabalgata me crucé con grupos miserables que me miraban con odio. Yo era un guerrero y para aquellos que venían huyendo del horror de los ejércitos en marcha, todo guerrero era un enemigo.

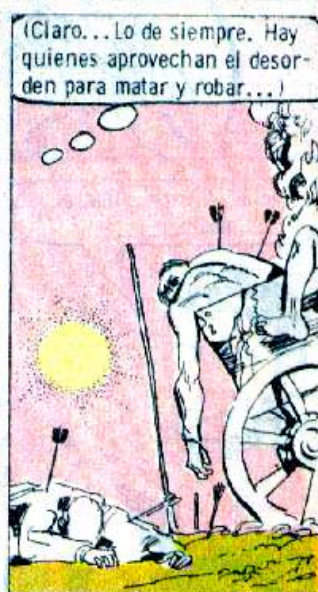


¡Perro!

(No puedo culpártela. Han perdido todo lo que tenían y pasarán hambre y miserias sin nombre por culpa de hombres como yo. Egipto, sumerio o hitita, eso no importa. Para el pueblo cualquier soldado es un enemigo.)



(¿Y aquello?... Humo...)



(Claro... Lo de siempre. Hay quienes aprovechan el desorden para matar y robar...)



(Pero... Algo se movió allí...)



¡Ahhh!



Mira el caballo que tiene... y sus armas... ¡Es una buena presa!

Llevémoslo junto a Hapalanim.



Mi nombre es Hapalanim y soy algo así como el rey de esta tierra.



Tú eres como el perro que afirma ser león.

No seas insolente o te cortaré la lengua.



En ese momento la mujer entró...

¡Nania sigue con la fiebre! ¡Es cada vez más fuerte!



¿Qué me cuentas? ¿Qué quieres que haga?

¡Busca a un hombre que sepa algo! ¡Hay que salvar a mi muchacha!



El gordo bandolero parecía confuso y no muy decidido a hacer nada. Tuvo un gesto atormentado y extrañamente angustiado. Se rasgó un sobaco, eructó y por fin...

Ya veré lo que puedo hacer...



¡No harás nada, lo sé! ¡Preferes que ella muera!

Cállate.



Pero la mujer ignoró su orden y miró alrededor suyo desesperada. Entonces me vio...

¿Quién es este hombre?

Un prisionero. Lo venderé como esclavo.



Extranjero, ¿sabes algo de enfermedades?

Sé algo, anciana.



Lo llevaré a que vea a Nania.

¡No! ¡Es mi prisionero y...!



¡Vete al diablo, gordínflón majadero! ¡Trata de detenerme y te romperé la cabeza de un estacazo!

¡Y tú ven aquí que la estaca puede ser suficientemente larga y alcanzarte!



El bandido no pareció terriblemente deseoso de discutir con la feroz anciana de manera que la siguió. Algunos hombres me siguieron vigilándome.



La muchacha temblaba entre las pieles de oveja y todo su cuerpo estaba bañado en sudor.



Miré sus dientes y sus ojos con cuidado. A veces de entre sus labios brotaban murmullos ahogados...



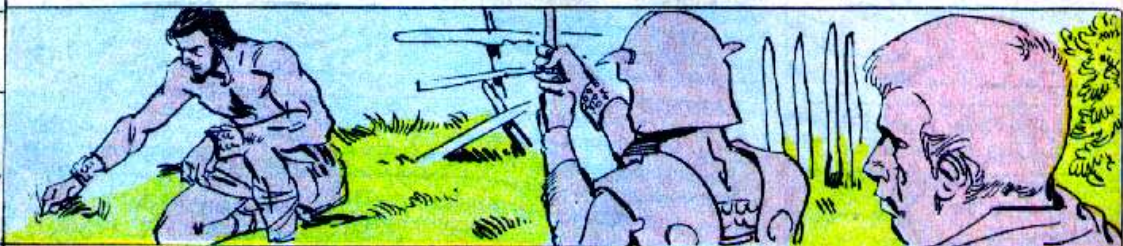
Necesitaré hierbas. Deberé buscarlas yo mismo.



Los hombres que están afuera te acompañarán. No intentes nada.



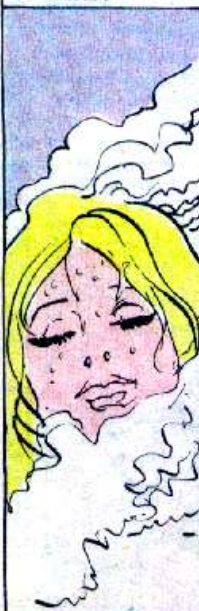
La fiebre del desierto no era nueva para mí y había aprendido de los hombres de las caravanas la manera de curarla. Recogí hierbas y las maceré mezclándolas con vino caliente y obligué a la joven a beberlo...



Luego la envolví en cuanto abrigo hallé y la hice dormir frente a un fuego donde coloqué un recipiente de agua a hervir, al cual agregué más hierbas, las de hojas angostas que no deben ser tocadas con las manos desnudas.



Toda la noche vi la fiebre brotando por sus poros, sofocada de calor, de vapor y del jugo violento de las hierbas...



De pronto me volví. Alguien estaba detrás mío.

¿Cómo sigue?



Habrá que esperar a la mañana...



Se acercó a la muchacha que gemía y murmuraba. La contempló durante un largo rato pensativo. Entre el vapor y la semipenumbra su rostro bestial parecía casi embellecido por una ternura sorprendente.

Ella es mi hija, forastero. El único fruto que he tenido en toda mi vida. Los dioses me negaron hijos y en sus extraños designios me dieron a Nania y su maldición.



¿Qué maldición?

Me miró sorprendido y se rascó la cabeza. Volvían sus facciones groseras a perfilarse...

¿He hablado tanto? Iré a dormir.



¿De qué maldición hablaba el bandido, mujer?

Es una profecía que oyó de labios de una mujer de las montañas. No le prestó atención pero años después un viejo sacerdote del dios de los vientos se la repitió palabra por palabra. Entonces comenzó a tener miedo.



¿Qué dice la profecía?



Dice que Nania matará a su padre. Que lo matará sin usar su mano ni su corazón. Dice que Nania lo llevará a las puertas de la muerte.

Y allí tienes a ese hombre, cobarde y malvado cuya única pureza ha sido siempre el amor a su hija, corroído por el miedo y por su ternura y que no atina a hallar el camino justo a seguir...

Los dioses sean benditos... y malditos sus misteriosos designios.



En la mañana, Nania abrió sus ojos limpios de fiebre, atónita y débil...

¡Los dioses te colmen de gracias! ¡Está salvada!



Pero tras la primera alegría vi su rostro volverse sombrío.

(El padre ha ardido por un segundo en la llama de la felicidad... pero de inmediato el hombre ha sentido el frío del miedo otra vez...)



Hapalanim, he oído de labios de la mujer vieja la historia de la profecía.

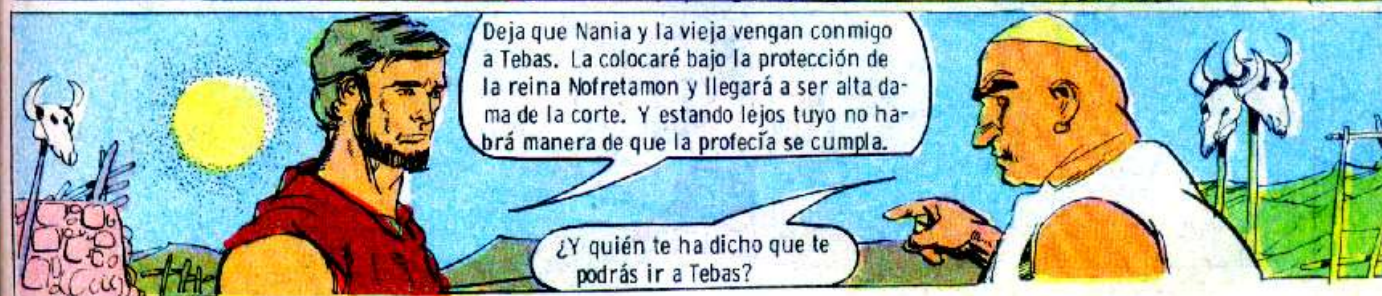


Esa vieja habla demasiado. Un día la haré callar.



Si consigues hacer callar a una mujer, Hapalanim, serás el primer hombre en la historia de los hombres que lo ha logrado.

¡Bah! ¿Y qué querías decirme?



Deja que Nania y la vieja vengan conmigo a Tebas. La colocaré bajo la protección de la reina Nofretamon y llegará a ser alta dama de la corte. Y estando lejos tuyo no habrá manera de que la profecía se cumpla.

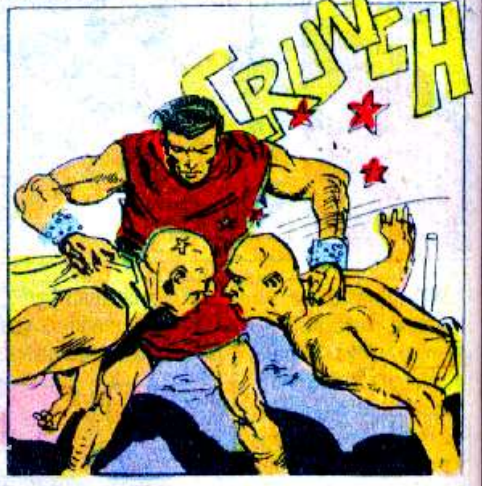
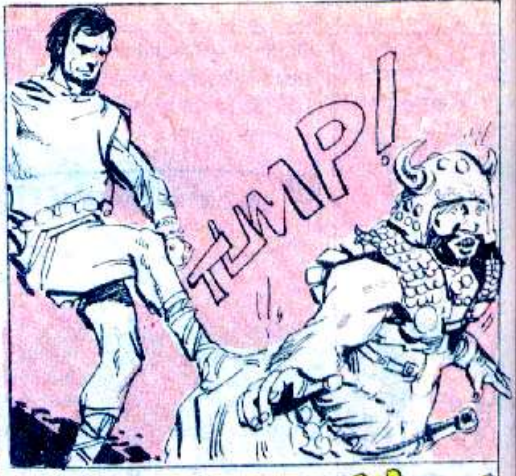
¿Y quién te ha dicho que te podrás ir a Tebas?

No creerás que soy prisionero tuyo, ¿verdad? Me he quedado aquí porque no tenía mucho apuro, mi querido barrigón.

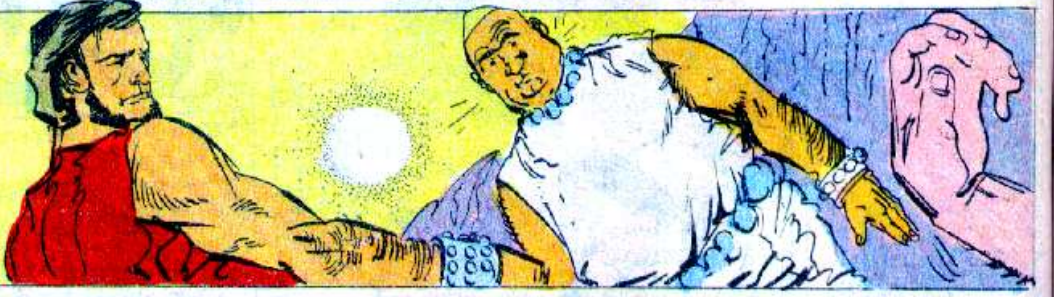


¡Más respeto o mis hombres te harán llorar lágrimas de sangre!

Tus hombres sólo me harían llorar de risa, tonel de grasa. Y si no, mira...



Y luego de este momento tan cómico dime qué opinas de mi oferta. Debo reconocer que me has caído en gracia y por eso te he hablado así.



Miró a sus hombres despatarrados y se rascó la cabeza con un gesto tan perplejo que me hizo soltar la carcajada. Por fin...



A la mañana siguiente montamos a caballo y nos despedimos de aquel disparatado y cómico y trágico bandolero.



Toma, bandido de broma. Guarda mi espada como recuerdo pero trata de no cortarte con ella. Está afiliada, ¿sabes?



Te quiero tanto, padre.



Nos alejamos y poco a poco aquella absurda silueta de barril se fue diluyendo en el horizonte.



Adiós, padre.

A la noche nos detuvimos y encendí una hoguera. Nania, triste y abatida, jugaba con la cadena de oro que rodeaba su muñeca. Se la mostré a la anciana.



¿No es hermosa?

Ah, sí.

¿De dónde la sacó?



Del cuello de un águila.

Mis manos se paralizaron en el gesto de romper ramas para echar en la hoguera.



(Un águila...)

(¡El águila! ¡La olvidé completamente!)



Dime, ¿la sacó del cuello del águila que yo traje?



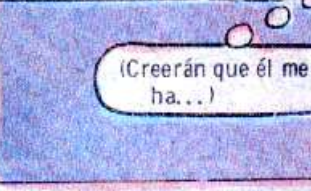
Sí. Es curioso, ¿sabes? Apenas estuvo sin la cadena el águila huyó. Ocurrió ayer a la mañana.

Escucha, mujer. Apaga la hoguera y escóndete con la muchacha entre los arbustos. Tengo que volver.



¿Ocurre algo?

Pensé en los hombres de fuego, en sus cuerpos delgados y duros como raíces y en sus espadas afiladas. Pensé en sus movimientos de panteras y su frío fanatismo de sacerdotes de la muerte... y pensé en la espada que regalará al bandido.

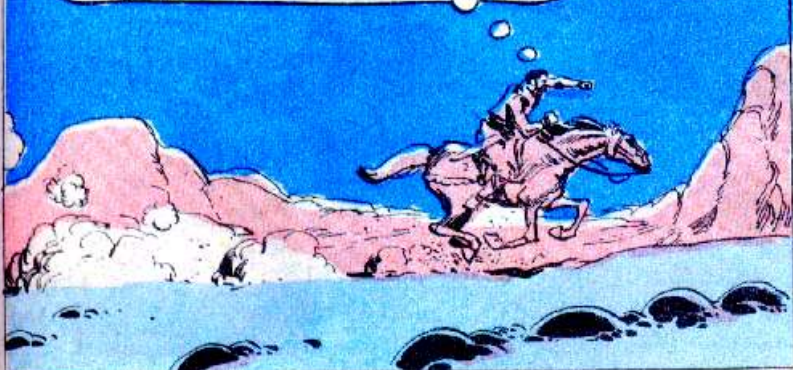


(Creerán que él me ha...)

¡Escóndete te digo! Volveré al alba.



(¡Dioses! ¡Los hombres del fuego deben haber seguido el rastro del águila y si han llegado...!)



Ya desde lejos vi el fuego devorando las tiendas. No se oían gritos. Sólo un grave silencio de templo. Un silencio de muerte.





Volví antes que amaneciera. Sentía el peso más enorme que un humano pudiera cargar gravitando sobre mis hombros. Llevaba el águila otra vez y un nuevo collar de oro le rodeaba el cuello.



La anciana me miró en silencio y un horror antiguo le agrandó los ojos. Esperó que la muchacha se apartara y me susurró.



La profecía se ha cumplido.



El sol se elevó pesadamente en el horizonte y el primer rayo nos iluminó. El águila chilló sacudiendo las alas...



FIN